

El breve verano de Nefertiti

Hiber Conteris

El Jurado de este Premio estuvo compuesto por M^a Cristina Soriano Gil, presidenta; Cecilia Belchí Arévalo, Concha López Díaz, Lourdes Ortega Puche, Martín Martí Hernández y José Manuel Vidal Ortuño, secretario.

© Hlber Contens

© I. E. S. "José Luis Castillo-Puche".

Edita: I. E. S. "José Luis Castillo-Puche".

Diseño colección: Victoria Carpena.

Imprime: Yecla-Grafic, s. l..

I.S.B.N: 84-922411-1-X.

Dep. Legal: MU-152-1997.

LOVAINA 1973

Con los 33.800 habitantes que le asignaba en 1973 el Petit Larousse (confiable por lo general), Louvain, Leveun, Lovaina, no pasaba por ser una ciudad importante. Sin embargo, ese relevamiento era parcial, o por lo menos estival. En 1973 la división de la antigua universidad (1425) en una rama francófona y otra flamenca aún no se había consumado, la Biblioteca y los archivos de Husserl permanecían intactos, la fábrica de cerveza (Stella Artois, uno de los orgullos nacionales de Bélgica) seguía derramando su producción en la garganta de miles de sedientos estudiantes lingüísticamente incontaminados.

La superficie que todavía hoy ocupa la ciudad es relativamente reducida. Si se consideran sus dos ejes principales, desde la puerta de Tervuren hasta la estación de ferrocarril, en la dirección norte-Sur, y desde el ramal de la autopista que viene de Bruselas hasta la vieja ruta por donde se llega a Torlemont, Liege, Aachen (la antigua capital de Carlomagno) en la dirección este-oeste, no debe haber Más de dos kilómetros entre cada uno de esos extremos. El perímetro es ligeramente ovalado en el sentido norte-sur. En el centro nervioso y topográfico (mayor animación diurna, por lo menos), el afibulado edificio gótico del Hotel de Ville; a unos cien metros la Place de l'Université, dominada por la torre de la imponente biblioteca; frente por frente, la desportillada fachada del CEC (Centre, d'Etudiants Catholiques), lugar no siempre fiel a la ortodoxia. No lejos de allí, el Bretagne, un codo estratégico por medio, el club más respetable del recinto claustral; música mas o menos convencional, buena cerveza, una variada especialidad de tartes e Irish coffee para las noches de invierno escolástico. Era frecuente encontrarse con miembros del cuerpo docente, candidatos al doctorat, seminaristas, sacerdotes, exsacerdotes.

El rectorado de la universidad se encuentra aún sobre la

Tervuren-Straat, cien metros del Hotel de Ville, dirección sur. Un rancio, ascético, lóbrego edificio, bastión de cuervos y jesuitas. El Sécrétariat da a la Plaza del Viejo Mercado (Oude Markt Platz), el espacio arquitectónico más homogéneo y persistente fiel al escalonado gótico, flamenco. Los tiempos que corren acabaron convirtiéndolo en un disputado, abigarrado, irreverente espacio de estacionamiento. Otros monumentos de los alrededores: el Béguinage, el edificio del correo; basta un sinuoso desliz postal para desbarrarse hasta el estrecho pasaje que desemboca en el Marché des Pecheurs, donde tampoco existen más los pescadores, salvo, quizás, en las soleadas mañanas sabatinas. La animación allí es por las noches; hectólitros de cerveza y un número incalculable de botellas de scotch y vino del Mosela que se vacían en el aglutinamiento de discotecas, boîtesy clubs privés constelados en el oblongo reducto de la swinging Louvain, el centro de reunión de estudiantes insomnes, noctívagos, discretamente estimulados o aturdidos, una fluctuante masa marginada que arrastra cada madrugada a las aulas el alegre embrutecimiento de alcohol, papas fritas, rocks, Camels y marihuana.

Más allá del bulevar periférico, en aquel feliz año de 1973, había que tener en cuenta, además, una fuerza efectiva nada despreciable que habitaba los suburbios, alienada del francés catedrático. Lovaina era un enclave lingüístico en pleno territorio flamenco, a escasos veinticinco kilómetros de la autopista de Bruselas. Bélgica, según es sabido, fue durante siglos una franja ardientemente disputada; franceses, españoles, alemanes y holandeses contendieron a su turno por ella, dejando una vasta y heteróclita progenie de wallones y flamencos. El resultado es un país densamente poblado; casi no existe solución de continuidad entre una ciudad, sus suburbios y la población más próxima, en dirección de cualquiera de los puntos cardinales. En resumen, si alguien hubiera formulado de buenas a primeras en aquella época la inevitable pregunta sociológica sobre el hacinamiento demográfico de Lovaina, cualquier ciudadano desprevenido habría contestado alrededor de sesenta o setenta mil habitantes. Y la cifra no debía estar muy alejada de la realidad, porque por lo menos el cincuenta por ciento de sus pobladores eran estu-

diantes de la universidad, seres tráfugas que deambulaban dentro del perímetro oval por un lapso de cinco o seis años, que desaparecían, no se sabía bien cómo ni hacia dónde, durante los mortales fines de semana, y que la evacuaban masiva y súbitamente en el período de las vacaciones de verano, los dos meses más largos del año, dejando las aulas, las plazas, las cervecerías, las facultades e institutos, los pocos espacios arbolados, los cines, los lugares de expansión, el Dude Markt, el Marché des Pecheurs, el ondulante y calcinado empedrado de las calles, abandonados a la canícula y a los quizás 33.800 residentes permanentes del Petit Larousse.

PERIPLO VERANIEGO

Culminé el periplo veraniego hacia el fin de la primera quincena de agosto y decidí que en lugar de regresar a Madrid iría directamente a Lovaina. Naturalmente, llegué mucho antes de lo que se me esperaba. El día anterior había logrado contactar telefónicamente a Yves Bénoit; me dijo que estaba a punto de salir para sus vacaciones, que el Centre de Recherches Sémiologiques no reanudaría las actividades hasta mediados o fines de setiembre, que Beaumont se hallaba explorando los progresos de la autogestión por Yugoslavia o Argelia, pero de todos modos me dejaba su apartamento para que me instalase allí provisoriamente. Por otra parte, el Instituto de Lingüística tenía un programa de verano; podría aprovechar mi tiempo asistiendo a los cursos o bien haciendo uso de la biblioteca. No le mencioné el problema del dinero, que era lo que más me preocupaba, porque me pareció de mal gusto o por lo menos fuera de lugar. Se despidió diciéndome que sentía no estar allí para recibirme, y que le dejaría instrucciones al portero para que me entregase la llave y me pusiera al tanto de todo. Los fondos con que había salido de Madrid habían sido dilapidados rápida (cuarenta y cinco días) y negligentemente entre Marruecos y las Baleares, varias y aleatorias pasas a lo largo de la costa, desde Barcelona a La Spezia, pasando por

la interminable franja arenisca de Sete, y por fin la estadía en Florencia, con un breve pero inolvidable interludio en la isla de Elba. Había sido un agitado y errático comienzo del verano. Elba tuvo un significado especial: no sólo porque fue el último intento que Lene y yo hicimos por establecer un vínculo duradero; también por las asociaciones y el aura de glorias extinguidas que evocaba el lugar. En la Italia de la era turística miles de sacrílegas pisadas hollaban diariamente los exhumados rastros del exilio napoleónico; las hordas invasoras venían desde todos los rincones de Europa, diseminándose en febril algarada sobre las hectáreas del camping, pero aun así, detrás del tumulto y el bullicio irreverentes, tremolaba aún, como una presencia ectoplasmática, el caviloso espectro del emperador.

Sin embargo, los tiempos de la revolución y del imperio habían pasado. Elba había sido sol, vaharadas de calor, interminables siestas, noches impalpables y el transparente azul del Tirreno. Braceábamos hasta desdibujarnos en el derrame purpúreo del crepúsculo, alejándonos cuanto podíamos del vocinglero y la turba. Cuando la libreta de eurocheques llegó al peligroso límite de ciento ochenta francos suizos resolví que era tiempo de marcharse. Dejé a Lene en su fresca y solitaria casona de Florencia, en la vía della Annunziata, la matriz ancestral donde ella, Pietro y su cuñada Anne se refugiaban en un movimiento recesivo hacia los orígenes. Lene no volvía a su puesto en Bolzano hasta un mes después; yo no tenía urgencia por llegar a Lovaina, disponía de hospitalidad gratuita en la umbrosa indolencia de la villa, pero las relaciones habían venido deteriorándose progresivamente y llegó un momento en que ambos sentimos que era mejor interrumpirlas antes de que acabasen por destruirse irremediablemente; una semana más hubiera sido demasiado tarde.

En consecuencia, nos despedimos sin aflicción ni enojosos dramatismos. El convenio había sido claro y honesto, por ambas partes; vacaciones en común, y cada uno a lo suyo. Sin embargo, cuando el Fiat 127 se despegó de mi vapuleado BMW anaranjado en los accesos de la autopista hasta donde ella me había guiado, ambos sentimos (de creer en su única carta, 14-08-73, recibida el 18-08,

leída y releída en diversos estados de pesadumbre y de nostalgia, jamás contestada) algo parecido al desgarramiento. Y eso fue todo; no había ningún plan de futuro. Enfilé el espolón del carruaje hacia los Alpes, dormí esa misma noche a la intemperie, un parque suburbano bajo los picos reverdecidos de Innsbruck (Lene escribía su carta, mientras tanto), me despertó el oblicuo destello de algún resto de nieve en las colinas, y a la siguiente jornada (15 de agosto) hice Munich, K61n, Aachen, Liege, Louvain, de un tirón, un toztr de force de unos setecientos kilómetros. El BMW respondió solidariamente. Amalgamaba el olor y la sal de las Baleares, la polvareda ferruginosa de la Costa Brava, las arenas de Sete y del islote del emperador, los guijarros de la escalada alpina y el fustigante sol de los amaneceres austríacos. Le urgía el service de rigor y un buen bruñido a la carrocería, pero dada mi situación financiera no había otra solución que dejarlo así por algún tiempo.

El apartamento de Yves olía a encierro: un studio de cuatro por tres, kichenette, baño, el teléfono mudo. El viaje de regreso me había dejado con un saldo apenas por encima de los cien francos suizos (unos 1300 francos belgas), y aparte de Bénéoit y Beaumont yo no conocía prácticamente a nadie en Lovaina. Había una buena colonia de españoles e hispanoamericanos en la Universidad, pero en esa época del año lo mismo daba haber naufragado allí que en el atolón de Bikini, en medio del Pacífico, poco después de la evacuación que inauguró la primera explosión atómica.

Establecí contacto con el Instituto de Lingüística sin pérdida de tiempo. Me atendió un señor de apellido imposible, flamenco, por supuesto, que sonaba algo así como Verskslewee, y que resultó . ~ ser el secretario o director interino del Instituto. Le di a conocer mis señas recordándole que yo era el sujeto que venía para trabajar con Monsieur Bénéoit y Monsieur Beaumont durante ese próximo otoño. - Ah, sí -me contestó-. Estoy al tanto. ¿Yves Bénéoit, verdad, del Centre de Recherches Sémiologiques?

- Exactamente -respondí.

Y sin darle tiempo a respirar le confié que había tenido que anticipar mi venida, no había podido regresar a España luego de

unas largas vacaciones, y me hallaba completamente desprovisto de fondos: ¿no habría por casualidad algún trabajo temporario que yo pudiera realizar a fin de estabilizar mi economía por lo menos hasta setiembre, cuando comenzara a recibir regularmente el estipendio que me había asignado la universidad?

-Casualmente, sí -me respondió casi con alegría, un rasgo que siempre vaya recordar con gratitud en los flamencos-. Se trata de una traducción que comenzó un estudiante, pero ahora se fue de vacaciones. Del inglés al francés. ¿Se siente capaz de hacerla? Respondí afirmativamente sin la menor vacilación. Me adelantó que el pago era 450 francos por cada mil palabras (hice una rápida conversión: unos cuarentas francos suizos, algo así como 1500 pesetas); eran alrededor de un centenar de hojas tamaño oficio, lo que me permitiría redondear la nada despreciable suma de unos quince mil francos belgas si trabajaba duro.

Esa misma tarde puse manos a la obra. Lo que aquel emigrante del verano había dejado a medio hacer era un symposium sobre sociolingüística a cargo de un grupo de estructuralistas franceses, alemanes e ingleses: densas y satinadas páginas xerografiadas de un inglés endiablado, una tarea aborrecible puesto que debía trasladarlas a una lengua que no era la mía. Eso me obligaba a un doble proceso mental; traducía primero al español, y a partir de allí elaboraba un francés a medias aceptable, algo a propósito para filólogos y lingüistas. Me impuse una rutina que se iniciaba cada día a eso de las ocho de la mañana y no concluía hasta la mitad de la tarde; luego, para desintoxicarme, una media hora de tenis con algún rival ocasional en los courts de la cité, abandonaba largo rato el cuerpo sudoroso y el caos sintáctico de mi cerebro a la aspersion de una copiosa ducha, y hacia las siete me retrepaba en el BMW (como nuevo, gracias al derroche de unos francos) para conducir hasta Alma 11, unos de los tres restaurantes universitarios de la ciudad.

Después era cosa de rastrear a las pocas amistades que uno podía establecer en medio de la canícula flamenca en el salón del CIE (Centre International d 'Etudiants), contiguo al restaurante. Un café, ocasionalmente una cerveza acompañando un par de Camels,

una partida de ajedrez, y terminaba la noche en alguno de los cuatro o cinco cines de Lovaina, sus lamentables programaciones estivales, o bien en el Bretagne abandonado, menos frecuentemente en el Espectre, descubierto por casualidad, el lugar que aseguraba mejor música, pero donde estar sin compañía lo hacía sentirse a uno como un cactus en medio del desierto, tendido en los cojines o en un sofá que había conocido incontables ultrajes, en la premeditada tiniebla del piso superior, propicia para cualquier intento, desesperadamente solitario, prescindiendo del whisky u otro trago parecido a causa del ascetismo de aquellos días, un vaso de vino, a lo sumo un cuba libre, inmerso en la última producción de los Pink Floyd, The 50ft Machine, la reciente embestida de The Who, Elton John, Jethro Tull, o con más fortuna y menos probabilidades, cuando el disc-jockey consideraba que el ambiente estaba alicaído porque la muchachada beat se hallaba ausente, la punzante trompeta de Art Farmer, Miles Davis o Donald Byrd.

NEFERTITI DE PIE

Estaba de pie, quizás ya a punto de irse, en el patio descubierto contiguo al bar del CIE. Había cuatro o cinco más en el grupo, nadie a quien yo conociera, de modo que descarté la idea de acercarme. Los estudiantes, debido al sopor veraniego, sacaban mesas y sillas del salón, las instalaban en el patio y bebían sus cervezas allí. El sol de las siete de la tarde proyectaba una franja sesgada contra el muro de ladrillos, y entre la entrada del parking de automóviles y el portalón del patio corría el único callejón de aire de esos feroces días de agosto, una brisa leve y rumorosa, contaminada, aun en el crepúsculo, del ardiente bochorno de la siesta.

Permanecía de pie y conversaba, fumaba o reía; tal vez vaciaba un vaso de cerveza. Ya no recuerdo bien, borroneo esa imagen cada vez que intento reconstruirla. Un pantalón rosado: hilo o poplín,

una tela liviana; la pretina por debajo de la cintura establecía, aproximadamente, el diámetro de sus caderas (90-60-90, barrunté grosso modo); el género se pegaba a su vientre, modelaba sus muslos. Y la firme turgencia de los senos: también una blusa rosada o más bien malva, un tono ligeramente más subido. Pensé que no sabía elegir el color adecuado para su piel, dudoso gusto en la elección del vestuario. No tenía mayor importancia; en todo caso, nadie podía dejar de advertir que era consciente de sus formas, sus voluptuosas prominencias. Había conseguido estirar su pelo no sé con qué procedimiento y lo llevaba corto, apenas rebasando la nuca (el corte que popularizó Liza Minnelli en Cabaret, el film que hacía furor por esa época). Así que reparé también en la extraordinaria curva de su cuello, una provocativa tensión de los músculos trapecio, deltoides y esternocleidomastoideo, no soy (nunca fui) buen conocedor de la anatomía y musculatura humanas. De modo que instintivamente establecí otras asociaciones; pensé en un perfil, un busto, con toda propiedad, un cuello que dibujara esa misma sinusoide alargada, armónica, esbelta, la perfección de la gracia arrogante, soberbia, una curva imperial o dinástica, el asombro reverente que inspiran las pirámides, la invulnerable esfinge, los templos de Luxor y Karnak, las arenas legendarias del Nilo. "Nefertiti", pensé; la policromada de piedra, basalto, feldespato o diorita, nunca lo supe, del Museo de Berlín, la sofisticada cosmética faraónica de un rostro que surgía del fondo de las civilizaciones y había sobrevivido a todas. Claro que Nefertiti no era negra: auténtica descendiente de los dioses, tal vez mujer o hija de Akhenaton, nieta o bisnieta de Isis, del incestuoso Osiris, prima, hermana o sobrina de Horus. Toda la mitología egipcia desfiló por mi mente en contados segundos. El busto de El-Amarna; incuestionable descendencia (¿o ascendencia?) aria. Sin embargo, los rasgos, la perfección de la nariz, los pómulos elevados y agudos, las oblicuas estrías de los ojos, la sombra de los párpados, los élitros basálticos del iris que sonreían infatigablemente, el mentón; y la dilatada S de su cuello, por encima de todo. Un ureus en forma de serpiente colgando en su garganta me hubiese parecido la cosa más natural del mundo.

-¿Quién es? -pregunté a alguien, un vasco o asturiano, ya no recuerdo bien; los encuentros, las amistades, los diálogos eran todos recientes y aleatorios en aquel soporífero vacío del verano.

Me hallaba recostado contra el mostrador del bar; bebíamos café o cerveza, fumábamos. Y Nefertiti estaba quizás a veinte metros de distancia, escultórica, perturbadora, un modelado de obsidiana opaca, un bronce oscuro, color tierra o café tostado por los soles de África de su remota genealogía; la sonrisa esmaltada y los párpados sensualmente entornados sobre el humo, sólida, tangible, inequívocamente carnal o reencarnada como la misma metempsicosis de los dioses, pero a la vez irreal, una efigie o un ídolo mágicamente trasplantado al resplandor dorado de la tarde, el aire tibio, el decorado de ladrillos y los colores desvaídos del agosto flamenco.

De modo que el vasco o asturiano me miró con asombro, primero, después creo con cierto brillo irónico o procaz, y me dijo que debía ser uno de los pocos ejemplares del sexo masculino en todo el ámbito de la universidad que ignorase la existencia de Michou Y hubiese tenido que aguardar hasta ese tedioso atardecer de un sábado en plenas vacaciones no ya para descubrir o admirar, disfrutar golosamente de sus lentos, reptantes movimientos, las mórbidas flexiones de su cuerpo, sino exclusivamente para enterarme de que durante cuatro o cinco años había transitado por Lovaina alguien que respondiese al nombre de Michou, que había estado sometida al asedio constante e implacable de decenas (quizás cientos) de estudiantes y otros especímenes afines, que era considerada y llamada "inaccesible", que provenía de Haití, era nieta, sobrina o sobrinanieta del difunto presidente Duvalier, había finalizado su mémoire en Pedagogía y, obtenido el diploma, estaba a punto de cerrar sus valijas para levantar vuelo. De regreso al Mar de las Antillas, a los trópicos, al vudú, a la luz y el aire que habían acariciado su piel e impregnado su cuerpo.

- Tienes razón -acepté-. Pero, como te dije, soy apenas un recién llegado. ¿Cómo podía estar al tanto?

-Ah, por supuesto -dijo el vasco o asturiano-. Así se entiende.

-¿Cómo me has dicho que se llama?

- Michou.

" Michou ", repetí, y debí hacer un comentario muy explícito sobre todo lo que había evocado durante aquellos instantes de absorta contemplación, porque ese casual coterráneo ibérico que compartía conmigo el aburrimiento, el hastío, el tedio de ese atardecer de un sábado desierto, siempre mordaz, escéptico, resentido, quizás, pensé después, se limitó a sonreír y como todo comentario me dijo que tenía los tobillos muy gruesos,

-Con pantalones no se nota -señaló, eso o alguna observación por el estilo-. Pero tendrías que verla en la piscina, sin otra cosa que el bikini; perfecta, un modelo para un Gauguin muy exigente, lástima los tobillos.

Yo deslicé maquinalmente la mirada, por ver si en efecto el extremo de la pantorrilla, la unión del pie con los músculos peroneo crural o sóleo evidenciaba un diámetro mayor de lo estipulado por los cánones de la armonía antropométrica, pero lo cierto era que el pantalón de Michou cubría o disimulaba esa perdonable hipertrofia, y debí pensar, también, que, después de todo, de Nefertiti no se conocía tampoco más que el busto, algo deteriorado y por definición de la técnica escultórica nada más que un segmento, un recorte parcial del cuerpo humano, y que no hubiese sido improbable encontrar alguna imperfección que otra en la espléndida soberana egipcia de haber podido realizarse un examen completo y minucioso de su anatomía.

Así que deseché la observación. Debí pensar que no era un comentario totalmente objetivo o desinteresado, que en mi circunstancial interlocutor podría haber un peculiar escozor o cierto resto de despecho, amor propio herido, algún intento fracasado, un propósito dudosamente honesto y, aunque algo oblicuo, muy deliberado por disuadirme o disminuir el ímpetu de mi súbita y quizás demasiado aparente intención, esa obvia tentativa de asalto.

-¿Los tobillos muy gruesos? -repetí, o debí repetir.

Nunca había otorgado mayor importancia a esa mínima porción de las extremidades, o si la había concedido en otro ser menos dotado, no sentí aletear esa vez el más leve hálito perturbador ante

la palpable evidencia que contemplaba con mis propios ojos, nada que menoscabase los méritos de la estatua de ébano que ondulaba su plétora de formas debajo del rosado que cubría las piernas, el malva de la blusa sobre aquel busto de la más rancia estirpe nefertitiana. y si no había cultivado demasiado su gusto o sensibilidad para elegir los tonos que sentasen mejor a su color, si denotaba cierta aparente negligencia o ignorancia respecto a la combinación cromática en su manera o estilo de vestir, de arreglarse, me sentía dispuesto a hacer caso omiso del asunto o bien ocuparme de eso a su debido tiempo, un cierto Pigmalión, verificar el hecho o formarme un juicio definitivo en mejores y más propicias ocasiones.

Nieta, sobrina-nieta o algún otro parentesco. más o menos remoto con papá Duvalier, algún grado de consanguinidad difuso con Jean-Claude, el heredero, un diploma en Pedagogía, su mémoire sobre algún aspecto, técnica o enfoque específicos de esa disciplina que el vasco o asturiano no supo precisar, los últimos días en Lovaina. Esa fue toda la observación que logré obtener el día del descubrimiento, ya sentenciado a extinguirse sin penas, glorias ni conquistas: el cuello de Nefertiti y los tobillos demasiado gruesos.

Diez minutos después la había perdido. Se esfumó en la penumbra del crepúsculo, despidiéndose con una luminosa sonrisa del corrillo de amigos y abandonando el patio del CIE por el portón que daba a la Uccle-straat. Yo escapé en cuanto pude en dirección opuesta, hacia el parking donde refulgía el BMW solitario, contorneé Alma 11 y el Instituto de Cienspo, recorrí las calles del sector en todos los sentidos permitidos por las flechas de circulación, debí cometer alguna infracción, incluso, di vueltas y vueltas al perímetro y me resigné, por fin, a dejarla perderse en la noche de humo y marihuana.

Ella pertenecía a la swinging Louvain, sin duda alguna, y las probabilidades de lograr con éxito la iniciación para un recién llegado como yo, un neófito o intruso, inequívocamente extraño a ese críptico círculo, eran pocas o nulas.

Decidí esperar a mejor ocasión. Regresé al apartamento de Bérioit. La soledad habitual, los discos de Ives que coincidían en una

amplia gama con mis gustos, medio paquete de Camel, por lo menos. Permanecí despierto hasta muy tarde, con la ventana abierta, la lámpara encendida, releí sin ningún remordimiento la carta' de Lene que por tercera o cuarta vez decidí no iba a contestar. Y la noche cristalina, casi blanca, impalpable, del agosto flamenco, extendiéndose en el parque de la universidad, aquel enclave arbolado, desértico, de la también soporífera, evacuada, moribunda Lovaina.

HAITÍ (1973)

Estado del archipiélago de las Antillas. Ocupa la parte occidental de la isla de Santo Domingo (La Española). Limita al norte con el Atlántico, al este con al República Dominicana, al sur con el Mar de las Antillas. El Paso de los Vientos o Canal del Viento (y las providencias de los marines) la separan al oeste de la isla de Cuba (77 km.). Superficie: 27.750 km.²; población 4.768.000 habitantes. Capital, Port-au-Prince(Puerto Príncipe), 250.000 habitantes. Suelo montañoso, perímetro irregular, dos penínsulas que se proyectan hacia el oeste (Departamento del Noroeste, Departamento del Sur) forman el Golfo de Gonave. En el centro se encuentra la isla del mismo nombre. Clima cálido, temperatura media anual, 26 grados; el interior es algo más templado, de acuerdo a la altitud. Abundante precipitación pluvial; mayor en el norte, donde la estación lluviosa coincide con los vientos alisios: se extiende de noviembre a febrero; en el sur, de marzo a abril. Actividad económica principal, la agricultura. Primer producto de exportación, el café. Se cultivan también el plátano, la caña de azúcar, el cacao, tabaco, sisal, algodón, etc. Minerales: bauxita. Industrias: transformación de productos agrícolas, destilerías de ron, manufacturas textiles. Unidad monetaria el gourde. Composición étnica: predominio del elemento negro y mulato de ascendencia francesa (90%); elevada densidad. Idioma oficial: fran-

cés. La población se expresa en un dialecto creole (criollo). Religión más difundida: católica, con libertad de cultos (ver pudú).

Hasta 1626 la colonia Hispaniola (La Española) era una unidad; los piratas franceses se instalaron por esa fecha en la isla Tortuga. La penetración francesa se produjo por el noroeste del territorio; su autonomía fue reconocida por el gobierno español en el Tratado de Ryswick (1697). La zona se constituyó en una de las colonias más prósperas de las Antillas, en gran parte debido al elevado número de esclavos africanos, que pronto superaron a la población blanca. España cedió también a Francia la parte oriental de la isla (1795); los negros, dirigidos por Toussaint Louverture se sublevaron, y proclamaron la República Independiente de Haití, tras sangrienta guerra con los franceses. Jean-Jacques Dessalines fue nombrado gobernador y luego emperador (1804); murió asesinado en 1806. Su sucesor, Henri Christophe, se proclamó emperador en el norte del país, mientras que Alexandre Pétion gobernó como presidente de la República del Sur. La secesión septentrional concluyó con Jean- Pierre Boyer, presidente en 1818, quien además invadió el territorio dominicano (1822); éste fue anexionado a Haití hasta 1844. Desde entonces, la República de Haití atravesó un periodo de intensas luchas políticas, conflictos fronterizos con el país vecino, desorden administrativo, crímenes políticos, etc., etc. El gobierno norteamericano se decidió a intervenir en 1915; se hizo cargo de las Aduanas Y otros aspectos administrativos, y no desocupó el país hasta 1934. En 1957 ascendió a la presidencia François Duvalier; unificó la Cámara y el Senado estableciendo un congreso unicameral (1961), y luego se hizo nombrar presidente vitalicio. Murió en 1971; su hijo y heredero, Jean-Claude, asumió el cargo, y desde entonces las cosas siguen más o menos igual (del próvido Petit Larousse).

LE RENDEZ- VOUS

El domingo había traducido alrededor de 3.500 palabras del inglés (1575 francos). A las cuatro de la tarde comencé a maldecir al instituto de Lingüística. Estaba harto de Chomsky y la gramática generativa, las definiciones referenciales de Ogden y Richards, el método operacional de Wittgenstein, el diferencial semántico de Osgood, Succi y Tannenbaum, las teorías de Bloomfield y J .B. Carroll, la hipótesis de Sapir-Whorf, los campos semánticos de Jost Trier y sus dispersos epígonos. A esta altura estaba convencido, además, de que el francés que brotaba del tableteo neurótico de la Olivetti se apoyaba en una híbrida sintaxis franco-hispana. Habría tiempo para corregir. Me duché. No eran las cinco de la tarde y el sol fulminaba desde un cielo impoluto, calcinando el letargo estival del macadam

Periférico de Lovaina..Alma II cerraba los dominvos después del mediodía; de cualquier modo estacioné el coche en el parking del restaurante; atravesé el callejón del Instituto de Cienspo, el laberíntico complejo claustral. El bar del CIE estaba vacío. Me asomé a la puerta: Michou se hallaba en el mismo rincón de la tarde anterior, el único ángulo sombrío del patio. Sentada, esta vez, aparentemente estable y accesible. El vasco o asturiano se había incorporado al grupo, y me dije que ésta era la oportunidad.

Me acerqué, cambié un par de frases de rigor, el pretexto obligado, y enderecé directamente al objetivo. Advertí una mueca siniestra en el rostro de aquel adventicio camarada, cosa que no hizo más que confirmar mis sospechas de la tarde anterior; tal vez él también pensaba que había llegado su turno. De cualquier modo, Nefertiti se mostró poco menos que impenetrable, fría y distante para ambos. Me asombró el registro de su voz, una octava más baja de lo que había supuesto; sin embargo, había en sus monosílabos raucos, asordados, algo indefinidamente insinuante y sensual; un

matiz que se situaba entre las ronqueras de Lizzie Miles y Bessie Smith, los estertores de Ella Fitzgerald y el swing alcohólico de Billie Holiday. Pensé en las vertientes de ron y las carrasperas de tabaco y marihuana, el intenso trayecto vía glotis y epiglotis (diagrama de Saussure), el lírico tratamiento a que habrían sido sometidas sus cuerdas vocales después de cuatro años de variados estudios en Lovaina.

Eran algo así como las seis y no sé si habíamos logrado articular una conversación coherente. Yo no había extraído mas información que la que me había suministrado mi confidente el día anterior (excepto que su mémoire discurría sobre la metodología de Paulo Freire, y algo de sus proyectos para alfabetizar Haití en un plan quinquenal de inocuas connotaciones socialistas), hecho que equivalía a admitir mi fracaso o por lo menos el humilde reconocimiento de que no había logrado ningún avance considerable en la ofensiva. El asturiano intercalaba ocasionalmente un comentario inhábil y fuera de lugar (pero no sé, quizás no lo juzgo imparcialmente). De pronto, sin la menor advertencia que nos pusiera en guardia, Michou se levantó y anunció que se marchaba al cine. En el "Empire" reponían *Le charme discret de la bourgeoisie*, de Buñuel, un film que yo hubiese visto con alegría por segunda vez, pero el aviso me tomó completamente desprevenido y no me atreví a suponer que iba sola. Probablemente ya tenía concertada una cita. La contemplé, me temo, demasiado ostensiblemente: el mismo pantalón rosado, la blusa malva. (Es que no tenía otra cosa que ponerse? Y cuando se alejó por la habitual salida de la Uccle-straat no pensé en sus tobillos, más gruesos de lo que imponía la antropometría canónica; observé su andar esbelto y ondulante, y no pude evitar la irritante convicción de que había perdido la oportunidad. (Por qué no me había ofrecido a acompañarla? (Cómo podía andar sola por las desgarnecidas calles de Lovaina (si bien la mayoría de las fieras estaban de vacaciones) una mujer así?

Simulé una media hora más de inútil parloteo. El grupo no me interesaba en absoluto. Por otra parte, comenzaba a sentir hambre; una semana en Lovaina me había hecho desertar de mis sólidos hábitos madrileños: almorzaba escrupulosamente al mediodía; ce-

naba entre las siete y siete y media (Alma II cerraba implacablemente a las ocho). Me desprendí del grupo eludiendo los intentos del vasco o asturiano que quería pegárseme a toda costa (¿adivinaba algo?). Regresé al automóvil. La función del "Empire" terminaba alrededor de las 8:30. Me decidí por la pizzería de la Dietsten-straat, un lugar poco frecuentado por los estudiantes; una quatre saisons, por ejemplo (jamón, mozzarella, pimientos, champignons) más tres cuartos de un fulgurante Chianti impregnado del brío desinhibitorio de la Toscana resultaron algo así como 120 francos, tres veces lo que hubiese desembolsado por una cena rutinaria en Alma II.

A las ocho y algo monté al coche, lo conduje lentamente hasta la avenida central de Lovaina. Con algo más de suerte de lo que cabía esperar logré calzarlo a pocos metros de la entrada del cine. Consulté la hora: las 8:25. Encendí un cigarrillo. A eso de las nueve menos veinte las puertas del "Empire" comenzaron a borbotar gente bajo el relumbre zumbón de los tubos de la marquesina. De pronto, en el tumulto, un par de pantalones rosados. Puse en marcha el motor. Michou atravesó la avenida; tomó la acera opuesta caminando a paso rápido en dirección a la estación. Maniobré con impaciente cautela, avancé en segunda, lentamente) por el centro de la calle, ignorando las vociferaciones de los conductores que venían detrás. Lancé tres fuertes estampidos. Michou y no sé cuántos más volvieron el rostro, supongo que intrigados. Me vio asomarme por la ventanilla, debió reconocerme, vaciló un instante, sonrió y se aproximó al automóvil. Teníamos una fila de histéricos wallones y flamencos a la zaga.

-¿Te llevo a alguna parte? -pregunté.

Me observó con curiosidad.

-¿Estabas en el cine?

-No -mentí a medias-. Pasaba por casualidad.

-Vivo muy cerca -dijo ella.

-¿Tomamos algo?

Dudó, o fingió dudar. De cualquier modo, en ese instante comprendí que había vencido la primera resistencia (¿el persuasivo argumento del BMW?). Los bocinazos continuaban a todo lo largo

de la avenida. Quizás eso la decidió. Dio un rodeo y ocupó el asiento delantero.

-¿Dónde vamos? -dije- ¿Algún sitio en especial?

- Al Marché des Pêcheurs -respondió-. Conozco un buen lugar allí.

Se llamaba Le Rendez- Vous y era lo que se suele llamar un Club Privé. Uno de esos locales a donde sólo tienen acceso un reducido núcleo de iniciados. Michou oprimió el botón del intercomunicador Y su nombre funcionó como una contraseña. Subimos una escalera en caracol.

-¡Michou! ¡Bienvenue! -dijo la encargada de la ropería, acodada contra el mostrador con un vaso de whisky a medio beber junto a ella-. Siglos que no se te veía. ¿Te habías olvidado de nosotros?

Nos instalaron en un largo y colectivo sofá adosado a la pared, frente a la barra. Michou pidió un "Tom Collins", yo un scotch. Pensé en la reserva de mil francos que tenía en la cartera, todo mi capital hasta que cobrase el subsidio de las traducciones.

El lugar no estaba demasiado poblado, y todo el mundo parecía conocer a Michou. En fin, bebimos y charlamos; una discreta penumbra. Comentamos la película de Buñuel: la República de Fernando Rey podía parecerse a Haití o a cualquier otro de los estados bananeros; Michou no había captado bien toda la simbología onírica y surrealista del film, pero por lo menos dejó en claro que también ella creía en la decadencia de la burguesía y en la corrupción de su desaparecido tío-abuelo Duvalier y del playboy imbécil de Jean-Claude.

-Algún día cambiarán las cosas -dijo-. Estamos haciendo todo lo posible para que cambien.

No me pareció oportuno ni tácticamente aconsejable seguir incursionando en la política. La música era excelente: tenían la última producción de The Temptations (Masterpiece) y cosas algo pasadas de moda pero siempre eficaces, como The Tribe, The witch qtteen of New Orleans, Jerusalem, piezas por el estilo, de un ritmo sincopado y frenético

-¿Bailamos? -me propuso Michou.

No había nadie en la pista. Yo no me sentía del todo cómodo. El acoplamiento étnico no escandalizaba a nadie en la democratizada Lovaina (el complejo del Congo había revertido curiosamente las cosas en relación con la raza negra, y los rubios flamencos/as sucumbían inexorablemente ante la irresistible perturbación de la invasión alógena, sus antiguos esclavos), pero los doce o quince años de distancia que se interponían entre Michou y yo marcaban una ostensible diferencia. Sin embargo, la verdadera incompatibilidad se puso de manifiesto en el minúsculo anillo de la pista. No es que yo fuese incapaz de sacudirme con el ritmo beat; la música y el estilo de las danzas modernas conceden irrestricta libertad de movimientos e improvisación. Pero el efecto de la música en Michou era otra cosa. Un insinuante balanceo al comienzo, la iniciación de un trance, una frenética y demoníaca posesión después. No demoré en comprender que mi compañía no agregaba nada a su solitario y extático trance. La gente se acercaba al borde de la pista para verla bailar. Yo me hice a un lado cautamente, sumándome al número indiferenciado de espectadores. Michou transpiraba y sus contorsiones adquirían cada vez más el significado de una complicada ceremonia ritual; se diría que la música la penetraba, ponía en actividad cada músculo de su privilegiada anatomía. Su aislamiento, además, era absoluto. Me pregunté si realmente escuchaba las voces de Jerusalem o los secretos maleficios de la reina hechicera de New Orleans; en todo caso, las vibraciones sonoras no recorrían en ella el convencional trayecto de las vías auditivas; entraban en contacto directo con su piel, con las zonas más flexibles y mórbidas de su cuerpo, actuaban como estímulos inmediatos, recurrentes, obsesivos. Allí estaban los tambores de África, el tam-tam, los coros del vudú; la incontenible marea rítmica transmitida a lo largo de generaciones por la herencia genética de una raza hecha para la danza.

Fui un espectador más, hasta que Michou comenzó a salir gradualmente del hechizo. Hubo un estallido de aplausos. Regresamos a la relativa soledad del sofá, y hubo que pedir un segundo "Tom Collins" para ella. Yo alargué hábil y premeditadamente mi único trago. La cuenta, finalmente, no fue más allá de los trescientos

francos.

Cuando nos marchamos eran algo así como las dos. Michou viajaba al día siguiente a Amsterdam, en compañía de dos amigas; pensaban recurrir al auto-stop.

-¿Por qué no vienes con nosotras? -me propuso.

La tentación era grande, pero no había ninguna posibilidad con mi restringido margen de 700 francos y la urgencia de terminar la traducción, así que deseché la invitación. Ella explicó que esa era su despedida de Amsterdam, una ciudad por la que sentía especial debilidad. <Conocía yo el Paradis?

No había un solo individuo en Lovaina que ignorase la existencia del renombrado Paradis, tres pisos de ruido, tráfico de alcaloides y fornicación o algo que se le aproximaba, pero debí admitir que nunca había puesto mis pies allí.

- Te estás perdiendo algo -agregó.

Traté de imaginarme exactamente qué. Ella pensaba regresar el miércoles. Para entonces yo esperaba haber cobrado el dinero de mis primeras veinte mil palabras. Le sugerí que nos encontrásemos el miércoles a la noche; podríamos ir a cenar, bailar, al cine) lo que ella eligiera, en algún buen lugar de Bruselas) por ejemplo. Convinimos en eso. Estábamos estacionados frente a la casa de pensión donde ella tenía su cuarto; hubo un momento de vacilación ¿por ambas partes? En ese instante no lo pude asegurar. Sé que consideré tácticamente prudente dejar las cosas así por esa noche, evitando el riesgo de cometer un error que lo estropease todo. Michou se volvió desde la puerta y me sonrió. Advertí el oscuro pasillo detrás del umbral, la boca de la escalera. Hubiese sido más que sencillo deslizarse por allí sin ser visto por nadie. La puerta se cerró.

Puse en marcha el motor y enfilé hacia el apartamento) resentido conmigo mismo y presa de una indefinida crispación. Todo había marchado bien, no era para sentirse frustrado) y sin embargo el lecho me pareció más vacío que de costumbre, la noche (insomne) solitaria) exasperadamente larga. Espectros demoníacos y posesos de la enloquecida fiebre de los tambores o el vudú me visitaron durante los intermitentes ramalazos de sueño.

VUDÚ, VOUDU, VAUDOUS

Es probable que el origen del término se halle en la lengua africana de la región de Dahomey, de donde proviene también lo esencial de sus ritos. En el antiguo dialecto tribal, pudú significaba "dios" o "espíritu". Otra posibilidad es que derive del creole francés vaudous, la lengua popular en Haití, con el significado de brujo, hechicero. Es dudoso, sin embargo, que al iniciado le preocupe la etimología o el significado del término. El vudú es algo que se siente, se experimenta, se vive, o de otro modo no se le conoce: hay que entenderlo mediante un acto de identificación total. El intelecto está de más. El vudú viene y se apodera de uno, se aposenta, se instala en la mente, el espíritu y aun en el cuerpo del individuo. En ese caso se convierte en una energía indispensable que invade y nutre toda la personalidad, una fuerza incontenible que brota desde el interior. Nada que esté fuera puede producirla; hay que ser poseído, penetrado.

En las húmedas selvas de Dahomey, un par de siglos atrás, el vudú fue quizás una amalgama de magia negra, adoración de la serpiente, violencia, sacrificios humanos, orgías sexuales y canibalismo. Los sacrificios se realizaban con cabras sin cuernos, es decir, niños. Después llegó la civilización y el tráfico de esclavos, el vudú viajó a América. Los sacrificios y las prácticas antropofágicas desaparecieron; las víctimas humanas fueron sustituidas por animales generalmente domésticos; el canibalismo, por el rito que indica beber sangre de la bestia sacrificada. De aquel repertorio salvaje pervivieron el culto a la serpiente (sé-sé-manyá, la serpiente), la promiscuidad sexual, la magia negra, la posesión demoníaca como una forma de arrebató místico.

La exportación del culto tanto como su progresiva transformación se produjo a principios de 1700, cuando el tráfico de esclavos alcanzó su punto culminante. El período colonial propició una

heterodoxa simbiosis entre los ritos africanos y los usos, ceremonias y formas litúrgicas del catolicismo. La nueva imaginería mezcló santos y fetiches, rezos y tam-tams, genuflexiones y contorsiones de danza. ¿Fue una forma de protesta o liberación? Probablemente, por lo menos en un sentido extremadamente individualista y subjetivo. Los esclavos que por las noches se entregaban a sus prácticas misteriosas siguieron en su irremediable condición de esclavos durante algo más de un par de siglos, por mucho que el vudú les ayudara.

La ceremonia vudú se lleva a cabo bajo un peristilo, un cobertizo generalmente hecho de paja o de chapa acanalada. Los postes que lo sostienen están pintados de estridentes colores. El poste central es el eje de las danzas rituales, el camino de los espíritus. Durante la ceremonia, es objeto de numerosos homenajes que atestiguan su carácter sagrado. El peristilo es a su vez parte del *httnfó*, el templo propiamente dicho, donde residen el sacerdote (*hungan*) o la sacerdotisa (*mambo*) y su familia. Es también el *sagrario*, el lugar donde se guardan los *loa* o divinidades. En la lista figuran varios santos católicos, pero quienes realmente concitan el temor y la adoración son *Damballah*, la deidad de Dahomey con forma de serpiente, *Ogun*, la deidad yoruba del hierro y de la guerra, *Legba* y *Barón Samedi*, vinculado a la muerte y a las cruces de las tumbas (y a *papá Duvalier*, en algún momento de su reinado).

El santuario es una habitación especial dentro del *hunfó*. Según las sectas, recibe diferentes nombres: *caye-misterios*, *bagi*, *sobadji*, *badji*, etc. En él se erigen los altares llamados *pe*. Sobre la mesada se instala una fuente con agua para los espíritus acuáticos. Algunos altares son escalonados, lo que permite colocar mayor cantidad de objetos sagrados: canteros, garrafas que pertenecen a los *loa* y a los muertos, piedras-trueno, barajas, calabazas, láminas de colores, recipientes de aceite donde flota una mecha, llamados lámparas eternas.

El ritual se inicia con el redoble de los tambores, invitando a la danza. En el suelo se traza un *pepe*, símbolo del *loa* al que se quiere adorar o conjurar, dibujándolo con ceniza, harina o polvo de ladrillo. Tras esto hacen su aparición los *huansi*, jóvenes ayudantes

(entre tres y diecinueve años) que forman un círculo en torno al veve mientras sostienen una vela encendida. Otro ayudante, la place, trae un pollo pequeño bañado en aceite; se arrodilla ante al hungan o la mambo, quien hace una señal sobre su cabeza. Luego se cava un hoyo en el suelo, símbolo de la tumba ceremonial, se entierra allí el pollo y se lo cubre de basura. El ave representa a la criatura solitaria que se encuentra con lo desconocido mientras está aún vivo; es el culto al loa Ogun. El suelo se apisona y se esparce encima harina de maíz. El sacerdote dibuja los signos del pepe al que se quiere conjurar.

El canto y el baile ofician como invocación de los espíritus. Cuando uno de éstos desciende sobre la comunidad suplicante, elige el cuerpo de uno de los presentes para alojarse en él, El poseído inicia entonces una serie de espasmos, una danza, retuerce violenta y convulsivamente su cuerpo, da alaridos y profiere extrañas palabras de un lenguaje secreto. Si el espíritu que se dignó descender es bueno, proporcionará abundantes beneficios (diagnosticar y curar enfermedades, restablecer aflicciones del espíritu, etc.), Si se trata de un espíritu malo, es preciso calmarlo mediante el sacrificio. Lo normal es recurrir a una cabra, Pavo, Paloma, gallo, etc. Después del sacrificio, los comulgantes beben la sangre de la víctima, El hungan, o la mambo inician la segunda parte de la danza ritual, agitando el asson, una calabaza seca cubierta de abalorios, elemento esencial de la ceremonia, Todos los presentes les siguen. Los tambores retumban, el asson se agita y cascabelea con el furor de un crótalo enloquecido, los cantos y gritos llegan al clímax y la danza adquiere su máxima violencia. La ceremonia comienza invariablemente con la invocación: "En el nombre de todos los dioses y todos los misterios."

QUERIDA LENE

Lene, cariño (tachado). Querida Lene (tachado). Lene: Releí tu carta creo que por cuarta, tal vez por quinta vez. No es éste el primer intento de contestarla; tampoco te puedo prometer que será el último, ni siquiera que llegaré a enviarte una respuesta. Después de todo, sería lo más sencillo; podríamos tender entre los dos un puente de kilómetros de escritura, una casi invisible y cada vez más elástica y tenue telaraña. Y hasta forjar planes, regar una esperanza, engañamos, en suma.

Los dos sabemos que las cosas funcionan bien en esos fugaces zarpazos del verano; el tiempo suficiente para empezar a acostumbrarnos, a desarticular nuestras tretas sexuales, a conocernos, en definitiva. Estoy convencido de que es ese inútil verbo y el acto que designa lo que entorpece todo. Al idioma Le sobra una palabra, por lo menos a mi habla particular (estuve releendo a Saussure, últimamente). Conocer no debería existir en mi vocabulario, por lo tanto tampoco en mi forma particular de relacionarme con el mundo, cosas y personas. Conocer es agotar algo, tocar fondo, vaciar un contenido, dispersar los residuos, aniquilar moléculas, extinguir los rescoldos, llegar al fin de la materia y del sentido: exterminar, exterminarse, en suma. Conocer es llegar al principio o al fin, que viene a ser lo mismo. Por eso lo nuestro ha marchado aceptablemente bien entre corchetes; si quitamos las barras de separación, ese tiempo que se cierra como dos firmes paréntesis entre nuestros encuentros, ¿qué pasaría?

Ya sé que es difícil convencerte de esto: tu dialéctica apostólica romana, quizás tu triturador instinto de mujer. Preconceptos de lado, ya sabes lo que opino de tu género: la mujer, el ser devorador por excelencia. Como aquellas medusas que evitábamos cuando nos internábamos en las profundidades azules del Tirreno, a más de un kilómetro de las costas de Elba, dejando sobre las rocas y la playa los

miles de lagartos y lemúridos franceses, belgas, alemanes, británicos, escandinavos, despanzurrados al sol, sacrílegamente amontonados sobre las mismas arenas que se hundieron bajo la ira del destronado emperador. Esas terribles gelatinas tentaculares o filamentosas, que se alimentan no sé bien de qué, de plancton o de algas, pero de cualquier modo poseen la reductora capacidad de disolver o transmutar hasta la transparencia todo lo que ingieren. Huíamos de ellas y su urticante sulfuro exantemático, tú siempre mar adentro. ¿Por qué coños, entre tantos antagonismos, tienes encima que nadar tan bien? Ahora, porque es seguro que no voy a mandar te esta carta, puedo confesarte que ésa es una de las cosas que nos mantuvo y mantiene a distancia, y lo digo no sólo en el obvio sentido deportivo: no soporto a las mujeres que me aventajan en algo, y menos aún en un ejercicio tan intransferible, bicépticamente masculino como es la natación. Pero el verdadero horror, para que quede bien claro, es esa vocación ya no ingurgitadora sino aniquiladora, constrictora, que yace agazapada en la mujer. Italiana, además; la donna por excelencia, la madonna. No menoscabo la intensidad de cada uno de nuestro volcánicos encuentros, los torrentes de lava derramados; la erupción que detonaba cada siesta y cada noche. Pero tampoco puedo olvidarme de los efectos posteriores, ese vacío irreductible, esa necrópolis de cenizas. Puesto que no vas a leerme, voy a decirte algo que sé muy cruel: no vamos a encontrarnos más. Este verano fue el último. Uno más, y habríamos atravesado ese margen sutil e irreversible; acabaríamos conociéndonos a fondo, acabaría conociéndote yo., mi forma personal de aniquilarte, y tú me engullirías en sumisa obediencia a tu irrenunciable condición femenina, al designio de Eva. Así que por uno u otro camino habríamos llegado al mismo resultado.

Todo esto es muy oscuro, pero quiero agregar algo muy simple, esa palabra de tres letras que uno nunca pronuncia y por idéntica razón tampoco escribe: fin, finito, terminado, acabado. Lo siento, Lene, cariño, créeme que lo siento. Te imagino en la inmensa casona de Florencia, estas noches calientes, las tardes inacabables que pasamos. Bah, a lo mejor hay mucho de disfrazado temor, mu-

cho de amor propio masculino en esa reconstrucción imaginaria. ¿Será posible que te falte compañía, aparte de Pietro y Anne? ¿Cuándo me dijiste que nuestra relación era excluyente o inclusiva, que yo había desplazado por completo a tus dispersos cortejantes? Lo cierto es que te irás de aquí a un mes a Bolzano, reasumirás tu cargo allí, empezarás las clases, te encontrarás con la gente de siempre, te integrarás a esa híbrida masa parlante que se entiende con el horrible dialecto sudalpino. Otro obstáculo más: ya es suficiente que hables el italiano y el francés mejor que yo, que consigas comunicarte en español, que te desenvuelvas por lo menos tan bien como yo con el inglés; además tengo que soportar que me excedas completamente con el alemán, y consigas evadirte a una distancia inalcanzable, recluirte en tu gruta lingüística, cuando articulas la lengua de esa apócrifa raza ítalo-austríaca-alemana del Tirol, un probable residuo del lenguaje cifrado con que se disolvieron en el misterio los etruscos del norte. No, no me veo compartiendo tu cuarto de Bolzano, por más Alpes, nieve, soledad, silencio, liras, cerveza, chucrut y posibilidad es de concentración y creación que ofrezca ese reducto. Créeme que lo siento, Lene, querida; lo siento más por mí que por ti. Lo siento por los dos. Por el ardor y eficacia de nuestros brevísimos veranos; por lo que hay de potencialmente duradero en nuestra relación, el núcleo indestructible después de cada explosión, de cada encuentro.

Si te sirve de consuelo, puedo asegurar te que hoy, un martes cualquiera de agosto, siendo algo así como las diez de la noche, estoy completamente solo en este apartamento que me ha sido cedido provisoriamente y donde no puedo sentirme por completo instalado. En la mortuoria, silenciosa, decadente Lovaina, una ciudad que muere y resucita cíclicamente. Hoy puedo jurarte que estoy solo; mañana no lo sé. Y aunque no siento sueño tengo una rara especie de fatiga, no consigo pensar, quiero tenderme a oscuras con los ojos abiertos. Comprenderás que esto es, por todo lo dicho y cada uno de los considerandos, algo parecido a un adiós. Pero no vaya decírtelo, porque sencillamente nunca vas a leerlo.

Con lo cual hice trizas las hojas, apagué la lámpara, encendí

un cigarrillo y me dejé caer sobre la cama. En la posición que suele describirse como decúbito dorsal.

L 'ACCROCHEMENT

Miércoles. A las siete de la tarde, puntualmente, toqué el timbre de calle en la pensión de Michou. Tardó algunos instantes en asomar su cabeza por la ventana del segundo piso.

-Je descends dans cinq minutes! -me gritó desde allí.

Con lo cual tuve que efectuar un movimiento recesivo hasta el borde de la acera para redesculbrir admirativamente su óvalo moreno y la perfección egipciaca de su cuello. Nefertiti. Regresé al auto y encendí un cigarrillo. Todo parecía iniciarse muy bien pese a mis prevenciones, porque no tenía ninguna certeza de que hubiese conseguido regresar de Amsterdam a tiempo o se acordase de nuestro compromiso. Esa mañana me había embolsado nueve mil francos del Instituto de Lingüística. El solo acto de escribirle a Lene había expurgado mi conciencia; después de todo, la palabra "fin" había sido escrita, y para Lene resultaría más persuasivo mi silencio que cualquier otra forma de repuesta.

En medio de ese convencimiento se abrió la vieja puerta de la pensión y apareció una visión corporizada no en el reflejo de espejismos de las arenas del Nilo ni en la refinada pero seminudista civilización egipcia, sino a partir de aquellos lugares del Oriente donde el cuerpo de la mujer ha sido desde siempre objeto de un culto indumentario: Michou envuelta en un sari en que verdes, amarillos, almagres y azules cerúleos se fundían en veladuras de gasa y pliegues meditadamente sujetos. Pensé en mis primeras ingenuas deducciones acerca de su manera de vestir. Podía errar en los rosas y malvas, en los pálidos tonos impuestos por una moda convencional y adocenada en las aulas universitarias, pero ni Dior ni Schiaparelli habrían podido imitar el infalible instinto de su raza cuando se trataba de envolver su figura hasta convertirla en algo así como una es-

cultura o un ídolo totémico. Me sentí inevitablemente un poco absurdo, ridículo o fuera de lugar dentro del funcional e invariable atavío wash and wear del verano, pantalón de poplin celeste claro, una chemise Lacoste azul ultramar, un jersey liviano abandonado displicentemente en el asiento posterior del coche.

En fin, descendí del vehículo y abrí la puerta para que aquella imagen tribal, védica o sánscrita, casi etérea en su nube de gasas o muselinas se instalase en el poco adecuado tapizado sintético. Arrancamos en dirección a la autopista, destino Bruselas. Hubo algunas frases forzadas, un diálogo cortado (¿me sentía intimidado por aquella presencia?), hasta que Michou se embarcó en el relato de su aventura de Arnsterdam: ella y sus dos amigas consiguieron a un solitario holandés que las llevase, un hombre enjuto, entrado en años, anteojos montados al aire, aspecto de hombre de negocios o profesor universitario, al principio muy serio y con perceptibles resabios puritanos como todo buen protestante, emparentado de alguna manera trastocada y confusa con Erasmo y Lutero, Calvino y Melanchton, Zwinglio, Rembrandt o John Knox, no tengo demasiado claro el itinerario de la Reforma. Pero después de cien kilómetros de ruta ya había aparecido en sus reojos un brillo lujurioso. No era para menos, según Michou, porque sus dos amigas (Malak, de Kenya, la francesita Georgette, con juveniles reminiscencias de B. B.) se habían propuesto, con notorio despliegue de muslos cruzados y minifaldas, estimular la aletargada libido del neerlandés. Consiguieron, pese a todo, eludir su pegajosa e imprevisible obstinación dejándolo en una borrasca de lascivia, impotencia y remordimientos frente a las puertas del albergue estudiantil, detrás del Rijksmuseum, seis cuardas más o menos, tenía que conocerlo, valía la pena parar allí cuando viajase a Arnsterdam: ocho guineas con desayuno incluido, no importaba gran cosa que uno fuese estudiante o no, ni que hubiese franqueado ostensiblemente la frontera de los treinta años.

El relato de Michou no fue demasiado pormenorizado en cuanto a los días/horas subsiguientes. Al parecer, todo se limitó a un deambular vertical por los pisos, entresijos y subsuelos del Paraíso, dejando a Arnsterdam y su laberinto de canales sumidos en el espe-

sor del silencio o el misterio. El hecho es que volvieron con el simple e infalible expediente auto-stop, poco antes o después de la hora prevista, durmiendo casi todo el trayecto, recuperando las noches de sueño escamoteadas hasta que el automovilista (serio, frígido o simplemente refractario, esta vez) les anunció que estaban en la periferia de Bruselas, exactamente en la intersección de la autopista hacia Lovaina, y que sentía no llevarlas hasta allí, pero él continuaba viaje hacia París.

Cuando finalizó el relato ya estábamos en la inmediaciones de la Grand Place. Elegimos un restaurante se diría discreto a la luz de las velas, pero no había discreción posible al ir en compañía de aquella efigie negra en su envoltura evanescente y crisólita de tules, y yo me sentía como el objetivo de un observatorio, todos los rostros vueltos hacia nosotros. Con las ostras y la segunda botella de un Gevrey-Chambertin ambos comenzamos a ignorar por completo el entorno, encerrados, envueltos y transportados por una volátil burbuja alcoholizada. A esa altura ya éramos viejísimos amigos. Sobre las diez nos levantamos para ir a ver *Le dernier tango à Paris*, por expreso deseo de Michou, y en el momento en que Marlon abre las piernas y s'accroche por primera vez en el desnudo piso de Passya María Schneider, sin siquiera tomarse el tiempo de quitarle el vestido, como suelen prescribir las reglas de caballería, la sangre tropical de Michou debió experimentar una cierta, remota, atávica identificación con ese acto de canibalismo, y sentí que su cuerpo se contraía en un espasmo, una involuntaria convulsión que yo recibí como una poderosa descarga de electrodos, y allí, entre las dos butacas de la fila octava (desierta), a pocos metros de la Grand Place y sin mayores consideraciones por la hipnotizada audiencia, tuvo lugar el primer choque de integración etno-simbiótica.

Como ya era algo más que previsible, terminamos en mi apartamento, rehuyendo innecesarias escaramuzas en la espiral de la pensión. Michou durmió hasta tarde. Yo ya no me sentía apremiado por el dinero ni por las traducciones. Preparé un copioso desayuno, y cuando ella se despertó lánguidamente después del desgaste nocturno, pareció disfrutar del luminoso estudio-dormitorio, las ventanas

que se abrían sobre el parque de la Cité, el jugo de naranjas, las tostadas, el café, la impecable kichenette, el denso rosetón de la ducha, la bien provista infraestructura cosmetológica (obra de la mujer de Yves) del baño. No fue difícil imaginar que, lo quisiese o no, iba a vivir un tiempo acompañado; entre su cuarto de pensión y el apartamento que yo usufructuaba temporariamente no había duda posible. La perspectiva, además, no me atemorizaba. El experimento era suficientemente novedoso, las reservas eróticas y la necesidad fecundadora (o de ser fecundada) de Michou al parecer inagotables (¿el legado ancestral de su raza?). Y yo sabía a ciencia cierta que estaba a punto de marcharse de Lovaina, que ya había encajonado sus libros y demás artículos suntuarios, y lo que aún conservaba abierto

era un baúl (inmenso), que también habría de ser fletado a las Antillas, y la valija que la acompañaría en su vuelo.

No había trampas ni celadas posibles: quince días, a lo sumo, de trance vuduiano, de exaltación salvaje, de acoplamiento étnico y experimentación con una nueva (para mí) forma de simbiosis, y luego el retorno a la disciplinada actividad claustral, a la apacible modalidad caucásica del invierno académico. Punto final al frenesí errático y aventurero de las vacaciones, a Nefertiti y a esa imprevista, exótica, culminación del verano.

CONFUCIO, CHOMSKY, MONOD

En el libro XIII de los Anales, Tzu-lu le pregunta a Confucio:

"¿Si el Duque de Wei te llamase para administrar su país, cuál sería tu primera medida?" . A lo que el interrogado respondió: "La reforma del lenguaje" .

Aun teniendo en cuenta que este lenguaje era el chino o alguno de sus dialectos, la elección del gran Confucio parece a primera vista si no escolástica por lo menos de escasa relevancia en vista de lo que debieron ser los más acuciantes problemas sociales, económicos, administrativos, etc., de la época. Adelantándose en mu-

chos siglos a su tiempo, Confucio planteaba implícitamente la cuestión de las relaciones entre el lenguaje y la sociedad. Es decir, si el lenguaje (y no la lengua) se determina al nivel de las superestructuras ideológicas, culturales, etc., o si surge y mantiene una estrecha relación con la situación concreta (material) del individuo (hablante).

B. Malinowski, por ejemplo, al introducir en su metodología el concepto "contexto de situación", señaló que la idea del contexto debía rebasar los límites de la lingüística y trasladarse al análisis de las condiciones generales bajo las cuales se habla una lengua; en otras palabras, el estudio de cualquier lengua hablada por un pueblo que vive en un medio particular y posee una cultura específica, debía llevarse a cabo en conjunción con el estudio de esa cultura y de su medio ambiente. Y la suya no es una posición aislada. Aun para Bloomfield, Leonard ("Language", 1933), el significado de una forma lingüística se define como "la situación en que la emite el que habla y la respuesta que ocasiona en quien escucha". El contexto situacional es determinante, tanto para el emisor como para el receptor.

En un ejemplo clásico de Hjelmslev (" Prolegómenos a una teoría del lenguaje", 1943), los vocablos franceses *arbre*, *bois* y *foret* se contraponen a los del alemán *Baum*, *Holz* y *Wald*, para mostrar la amplitud del campo semántico que cubre cada uno, hecho que no resulta en una absoluta equivalencia. Podría hacerse lo mismo con cuatro términos del español, *árbol*, *madera*, *bosque*, *floresta*; en ciertos casos, la correspondencias coinciden (*arbre*=*Baum*=*árbol*); en otros, no (*bois* abarca *Holz* y *Wald* en alemán, tanto como *madera* y *bosque* en el español). Otro caso muy citado es el del espectro de colores: los hindúes tienen un sólo término para designar el rojo y el naranja; el ruso distingue dos variedades de azul allí donde el español ve una sola. En relación con la nieve, los esquimales discernen cuatro unidades culturales (es decir, poseen cuatro términos diferentes para designarla) mientras que el común de los mortales no percibe más que una única y frígida realidad.

Estas diferencias lingüísticas apuntan, sin duda, a diferencias

culturales más profundas; cada sociedad recorta el continuum del mundo y la experiencia de acuerdo a sus propias necesidades y a la relación perceptiva que establece con la naturaleza y el medio social. En la cita de Blomfield aparece, además, la noción de estímulo respuesta; la situación lingüística es siempre un diálogo, un acto de comunicación. De las seis funciones del lenguaje que distingue Jakobson, tres parecen especialmente importantes: referencial, expresiva y conativa. El lenguaje sirve para señalar (nombrar, designar) el mundo de los objetos; para expresar los pensamientos, los estados de ánimo y la voluntad del hablante; y para actuar sobre los demás. Agréguese a éstas la función cognitiva, subrayada por

Chomsky y la gramática transformacional-generativa: el lenguaje sirve para conocer, en realidad es el mecanismo o la función del conocimiento. Chomsky, Noam, vinculó esta función a la naturaleza misma del lenguaje y a la espinosa cuestión de sus orígenes o adquisición (por parte del hombre primitivo o del niño, por ejemplo). La facultad del lenguaje, que de algún modo u otro se desarrolló en la prehistoria del hombre, hizo posible la prodigiosa hazaña del aprendizaje; actuando en forma coordinada y recíproca con otras facultades mentales, posibilitó el uso coherente y creativo de la capacidad lingüística para adquirir complejos y comprensivos sistemas de creencias y conocimientos, de entendimiento y de discernimiento. Para Chomsky y su "escuela, el análisis lingüístico en profundidad revela que bajo la extrema diversidad de las lenguas humanas hay una forma común a todas ellas; esta forma debe ser considerada innata y característica de la especie (gramática universal).

Este concepto ha escandalizado por supuesto a varios lingüistas y a muchos filósofos, que han visto en él un retorno a la metafísica cartesiana. Sin embargo para Monod, Jacques (*Le hasard et la nécessité*, 1970), no hay aquí nada inaceptable. A partir del momento en que se admite que la evolución de las estructuras corticales del hombre ha sido influenciada de manera importante por una capacidad lingüística adquirida de modo prematuro en un estado rudimentario de la evolución, esa forma innata parece natural. Eso equivale a

admitir que el lenguaje articulado, desde su aparición en la especie humana, ha permitido no sólo el desarrollo cultural, también ha contribuido de modo decisivo a la evolución física del hombre. El día en que el zifántropo o cualquiera de sus camaradas usó por primera vez un símbolo articulado para representar una categoría o un objeto, dice Monod, incrementó con ese simple hecho en proporciones incalculables la probabilidad de que alguna vez emergiese un cerebro capaz de concebir la teoría darwiniana de la evolución (y la fisión nuclear, la bomba H, el napalm, etc., etc., agregaría yo).

Pese a lo cual, debemos reconocer con toda humildad que hasta hoy no sabemos qué fue el lenguaje en sus orígenes ni cómo cuernos llegó a convertirse en el sofisticado instrumento con que hoy nos comunicamos, nos insultamos, nos engañamos, nos mentimos.

EL CICLO MICHOU

El ciclo Michou duró, con toda la furia de uno de esos devastadores huracanes del trópico, bastante más de lo que yo había previsto, y sus consecuencias resultaron (por decirlo de alguna manera) insospechables.

Corría la cuarta semana de agosto y el verano estiraba su letárgica calma en la ciudad vacía. Mal que bien, había conseguido reanudar mi traducción para el Instituto de Lingüística; quedaban aún por digerir unas cuarenta páginas (desde Confucio a Chomsky) y aunque la necesidad de dinero ya no era acuciante, el plazo al que me había comprometido para finalizar el trabajo expiraba el primero de setiembre. Un día, sin embargo, Michou llegó al apartamento algo más temprano que de costumbre con la noticia de que había resultado aplazar la fecha de su vuelo a Port-au - Prince.

-¿Para cuándo? -no pude evitar preguntarle, tratando de no parecer demasiado alarmado.

- Todavía no lo sé -me respondió-. Dejé el pasaje abierto. No

tengo ningún apuro en regresar, y quiero ver a algunos de mis antiguos compañeros cuando regresen a clase. Quelque jour, a la miseptembre.

Súbitamente, el ritmo natural de los días y las noches se alteró por completo. Apenas sobrevénía la oscuridad, generalmente mientras los bafjles trepidaban con el empuje total de sus ciento diez varios por canal bajo los alaridos electrónicos de los Rolling Stones, Deep Purple u otro grupo cualquiera de esos chicos de la misma generación histérica, un súcubo no invocado descendía quién sabe de dónde, de las remotas noches del Caribe; tal vez no exactamente un súcubo, un innominado espíritu de las tinieblas, uno de los híbridos loa del vudú, apoderándose de Michou que danzaba solitaria y descalza sobre la moquette, y en parte también de mí, supongo, ya que no habría otra manera de explicar ese trance místico en que ambos caíamos, esa especie de orgía cósmica o torbellino elemental. Porque no sólo nosotros, el apartamento y su entorno incluidos experimentaban algo así como una metamorfosis psicodélica; los muebles de Yves, las paredes, los cuadros y..objetos hasta entonces familiares se envascaban en una sustancia plástica y glutinosa; el parque de la Cité, que antes se extendía bajo el pálido albedo lunar sin ninguna clase de misterio, desierto, pulcro y silencioso, los courts de tenis, los polígonos de césped, los senderos, los arriates y setos de boj sabiamente trazados, un verdadero ejemplo del orden casi cartesiano, de la flemática y simétrica impavidez flamenca que nada tenía que envidiar ni a Versailles ni a Le Natre, se envolvían de pronto en amenazadoras sombras, transformándose en una jungla de Dahomey o las Antillas, no sabría decirlo, poblándose por ósmosis acústica del batir de tam- tams y el perturbador cascabeleo de crótalos y serpientes, el asson, quizás sólo presentes en mi imaginación febril.

Las noches, así, resultaban de una salvaje intensidad. Cuando todo acababa, sobre el amanecer, dormíamos larguísimas y sudorosas horas hasta muy avanzada la mañana o bien hasta que un sesgado rayo de sol, al promediar la tarde, nos asaeteaba través de las ventanas abiertas de par en par hacia el parque. A esa hora, ni siquiera considerábamos la posibilidad de salir a comer afuera. Michou ins-

peccionó los recursos del equipo doméstico, efectuó algunas compras, y de pronto resurgió en ella, probablemente bajo el influjo de ese transitorio asentamiento, una ancestral y hasta el momento reprimida afición por la cocina autóctona. De modo que comenzó a ensayar en la otrora immaculada kichenette un repertorio afroantillano no tan restringido como podía esperarse, principalmente en base a arroz, plátanos, maíz, frutas y pimientos, canela y otras especias para mí indescifrables, quizás de bajo contenido calórico, pero en cambio con indiscutibles propiedades si no afrodisíacas por lo menos en alto grado excitantes.

Era, pues, algo así como una cadena ritual: dormir, comer, los Beatles o los Rolling Stones, tam-tams y asson, y ya entonces había caído la noche nuevamente y con ella el trance o ciclón que transmutaba el orden natural de las cosas. Resultó también que Michou era adicta a la macrobiótica y otras ciencias afines, de modo que alternábamos el menú tropical con cereal integral salvado, té, pan de centeno en fin, todos en su mayoría ingredientes que no eran parte habitual de mi ración, hecho que contribuyó de algún modo a acentuar la inquietante sensación de extrañamiento o enajenación que comencé a experimentar por ese entonces. Una vez establecida esa rutina, apenas si nos dejábamos ver por Alma II, mucho

menos en el CIE ni en ninguno de los restaurantes u otros lugares públicos de la ciudad. Algunas noches fuimos al cine, pero por lo común nos hallábamos demasiado extenuados como para pensar en bailar (en un club, se entiende) o intentar cualquier otro despliegue físico fuera del que nos imponía el perímetro del lecho.

Uno de esos días en que nos despertamos a mitad de la tarde (ya estábamos casi a fines de agosto), Michou me propuso una sesión de sauna. Al principio creí que se trataba de una higiénica ocurrencia en cierto modo vinculada con la macrobiótica y la filosofía naturalista que ella parecía profesar; tiempo atrás yo también había concurrido con bastante asiduidad a un local de sauna de Madrid, y aprobé la idea de buena gana. Sólo unas horas más tarde, sobre el anochecer, descubrí que existía en Lovaina un exclusivo y casi esotérico *sattna rendez-vous*, donde era preciso fijar la cita anticipadamen-

te, uno disponía enteramente de la cabina y todas sus acolchadas adyacencias con su acompañante durante algo más de una hora sin el menor riesgo de ser interrumpido, y luego de veinte o treinta minutos del ascético rito saúnico, podía echarse sobre los edredones amontonados en el piso de la sala contigua, la salte de répos, deshidratado y laxo, el cuerpo aún enardecido por los ochenta y cinco grados de calor absorbidos y el shock del chapuzón helado consiguiente, pero en un ámbito, una sugerente y mórbida molicie que no predisponía precisamente al reposo sino a la casi ininterrumpida distracción que dominaba aquellos días. Regresamos dos o tres veces más. Con Michou yo estaba descubriendo una infra- Lovaina, los secretos vericuetos de una ciudad que hasta entonces me había parecido diáfana y sin misterios.

Fuera de esas incursiones, prácticamente no salíamos del apartamento. Como era de prever, abandoné sin terminar las traducciones del Instituto de Lingüística, y eso me creó no sólo remordimientos y un cierto complejo de culpa, sino una incómoda sensación de fracaso, la impresión de haber abandonado (¿para siempre?) mi férrea disciplina intelectual en beneficio... en beneficio de qué, Dios mío, eso era precisamente lo que resultaba más difícil de explicar. ¿En beneficio de un tributo radical y absoluto a los sentidos, a esa vorágine que en cada encuentro con Michou me arrastraba hasta el fondo de algo que sólo podía ser experimentado como la nada, la destrucción total, la aniquilación del yo, el cansancio y agotamiento

que preludia el deseo de extinción y por tanto la muerte? Era obvio que la relación con Michou me estaba llevando a límites que no había conocido antes, a posibilidades, peligros, impulsos ignorados, a los extremos en que mi propia identidad aparecía como algo borroso y desfigurado, hasta el punto de cuestionar mi cohesión individual y mi equilibrio, y verme a mí mismo como un sujeto extraño, desconocido y sin embargo consciente y responsable a sabiendas del proceso en que me había embarcado.

Estábamos a principios de setiembre. Yo había conseguido estirar milagrosamente los nueve mil francos que había cobrado por la entrega inicial de mi trabajo, pero ya estaba quedándome sin di-

nero nuevamente y hasta que no llegase B noit y se iniciaran las actividades en el Centre de Recherches no había posibilidad de recibir la primera entrega de mi estipendio mensual. A esa altura, Michou parecía haber abandonado por completo sus planes de retorno y la tenía prácticamente afincada en el apartamento. El ba ul (una imprevisible caja de Pandora), a punto de ser fletado para el hogar haitiano, comenzó a vaciarse nuevamente, y muy pronto la residencia de los B noit se vio transformada en algo que tenía un poco de tolder a árabe, de aduar, de un zoco marroquí o del gran bazar de Estambul, decorado con todo su ajuar, una incre ible variedad de saris, turbantes, aljubas, t nicas y transparentes camisas de crepe de la India, desparramados al azar, con polícroma estridencia, sobre sillas, rinconeras, sofá y en cuanto hueco del guardarropa se hallaba disponible. Su colección de discos había engrosado también la ya nada despreciable que poseían los B noit, con la diferencia de que Michou, demasiado indolente, siempre dejándose llevar por su salvaje temperamento tropical, no veía ninguna necesidad de remitirlos a sus sobres plastificados y fundas de nylon luego de diseminarlos sobre la moquette, y eso obligaba a uno a transitar por la minúscula superficie del studio ensayando piruetas o inesperadas contorsiones a fin de no reducirlos a añicos. Esa transformación escenográfica, la nueva dieta alimenticia, los olores, el vestuario y los discos, más el lecho permanentemente revuelto a causa de la reciente actividad o de la venidera, comenzó a dar forma precisa a la hasta entonces (para mí) abstracta noción del caos o el pandem nium. La sola presencia de Michou, paseándose semidesnuda sin la menor inhibición de un lugar a otro durante la mayor parte del día, resultaba de por sí extenuante. Sentí que me desbarrancaba inevitablemente hacia el abismo. Había llegado la hora de establecer un divorcio profiláctico.

Como enviada por la providencia, recibí en uno de esos días una postal de B noit franqueada en algún lugar de la costa Adri tica (Dalmacia). Me decía que estaría de regreso hacia el 10 o 12 de setiembre, en todo caso no más tarde del 15, y con gran pesar no tenía más remedio que pedirme que fuera buscando otro lugar donde instalarme; el studio, no necesitaba se al rme, ya era demasia-

do estrecho para albergar a él y su mujer, por lo cual no podían permitirse el placer de recibir a un huésped. Leí a Michou la postal de Bénédict, puse expresión de contrición, y le dije que no tenía otra alternativa sino buscarme un nuevo alojamiento.

-¿Por qué no te vienes a mi cuarto? -me sugirió, y luego agregó algo así como que la dueña, bien sabía yo, era una vieja muy comprensiva que había corrido lo suyo allá en su juventud de Amberes, que le tenía mucho cariño y no pondría objeciones.

De modo que tuve que ser yo quien las pusiera. Le expliqué que necesitaba encontrar algo más permanente, un lugar donde tuviese las comodidades mínimas para trabajar, silencio, independencia, todo lo demás, con lo cual quise insinuar, de paso, que la crisis o el estado febril estival había pasado o estaba a punto de cesar, y era tiempo ya de que ella remontase vuelo hacia el archipiélago y yo volviera a mi austera disciplina académica.

Fue entonces que atisbé no sé si por primera vez, pero con visos de madurez definitiva, la conveniencia de una relación sólidamente establecida sobre las bases de una racional y proporcionada distribución de rendimientos y gratificaciones: método, orden, concentración, gran capacidad de trabajo, una normal y controlada disposición al intercambio sexual e intereses afines, mérito principal de los componentes ario-itálico-germánico sudalpinos de Lene. Mi conciencia culpable me impidió arrancar una hoja y escribirle precisamente en esas circunstancias. Antes había que poner fin o llegar hasta el fin con el affaire Michou.

A mitad de la segunda semana de setiembre, a falta de algo mejor, reuní mis cosas en el BMW y me trasladé a una lóbrega habitación del Placette, uno de los tantos albergues estudiantiles de Lovaina, entendiéndolo como un alojamiento provisorio hasta que recibiera fondos y pudiera encontrar algo más conveniente. Michou recogió silenciosamente su vestuario y sus discos, volvió a encerrarlos en el baúl, retornó a la pensión, y eso puso fin al período de nuestra coexistencia pacífica.

-No lo tomes así-le dije cuando la llevaba con todos sus bultos, al sorprender su aspecto de una Nefertiti mustia o

impensablemente rechazada por el siervo de turno.

- Esto no significa que no sigamos viéndonos, y de todos modos tú, en algún momento, tendrás que pensar en emprender la vuelta, nos guste o no la idea.

- Ça ne sera plus le même -me dijo como toda respuesta.

En cuanto al retorno, eso era lo que parecía cada vez menos claro. Aludí siempre el asunto de manera casual en dos o tres ocasiones más, pero mis insinuaciones caían en el más absoluto mutismo.

Los días de setiembre, mientras tanto, corrían inexorables. Yves Bénéoit regresó, tuvimos las primeras reuniones, logramos esbozar un diseño provisorio de mi plan de trabajo durante el stage en el Centre, seguíamos sin ninguna noticia de Beaumont, y Michou continuaba allí, indecisa, vegetando como un pájaro inerte en una excesiva y absurda hibernación estival, encontrándonos con raleada frecuencia y descaecido entusiasmo. Fue como si el alejarnos del apartamento y fundamentalmente el término de la vida en común hubiesen puesto fin al embrujo o maleficio no sé si compartido y a los trances nocturnos. Con todo, las noches de privación y soledad que me impuse a costa de grandes esfuerzos y un enérgico arresto de voluntad no hacían más que aumentar la impaciencia, y el choque parecía cobrar su antigua intensidad a la segunda o tercera jornada de abstinencia, para retomar después la curva del descenso inevitable, prolongando la agonía sexual de nuestras relaciones.

Yo permanecía largas horas soterrado en el asfixiante cubil del Placette, tratando de poner orden en mis libros y en mis ideas, buscando acumular el ímpetu necesario para salir de ese episodio lúdico, aquel empuje erótico que me había trastornado por completo, y abocarme al trabajo de una vez por todas, tras una excepcional dilapidación de energías y pérdida de la capacidad de concentración y de equilibrio. Las actividades del Centre comenzaban a encaminarse lentamente, la marea de estudiantes que reflúa para la apertura de cursos se aproximaba de manera sensible a la pleamar, uno los veía aquí y allá, pocos y dispersos primero, luego se encontraba con los bares repletos, los restaurantes y lugares de diversión reabrían sus puertas, y por fin las calles hormigueaban con una bizarra mucha-

chada. La carta respuesta a Lene, después de aquel primer fallido intento, continuaba en prolongado suspenso; el recuerdo o ese vínculo elástico de ternura y remordimiento que aún me ligaba a ella se estiraba más y más hasta convertirse en un hilo tenue y finísimo, inconsistente, frágil; el verano se disolvía en el aire y borraba sus calcinadas huellas de los muros y del empedrado, mientras la zarpa subrogante y dorada del otoño se deslizaba sigilosamente entre los parques y jardines e inyectaba de un brío peculiar la atmósfera de esa inesperadamente renacida, reanimada Lovaina. .

MONTREAL: RETROSPECTIVA

-Et bien -habría anunciado Christophe-. C'est fait; on a déja la liste. -Con un gesto triunfante exhibiría los manoseados oficios mecanografiados; sus dedos los harían desfilar ágilmente, examinándolos con una mirada crítica-. Hay unos doscientos cincuenta nombres.

-Pensativamente, se demoraría en la última página-. Doscientos cuarenta y siete. No es definitiva; falta agregar más. Podemos llegar a los doscientos setenta, doscientos ochenta. Un tiraje de trescientos ejemplares bastará por ahora. C'est á vous á decider.

Acto seguido habría descorchado una botella de ron. Estarían reunidos en su habitación de alquiler, un tercer piso del vieux carré de Montreal, no lejos de la universidad, a unos quince minutos del familiar edificio de la Fac de Médecine. La pieza se hallaría sin duda algo revuelta, relativamente sucia y en desorden, la cama sin hacer, el viejo sofá desportillado, un par de sillas, los escasos muebles abarrotados de libros y de objetos inútiles, los platos sin lavar en la pileta, una caja de galletas y otra de cereales, un frasco de café soluble en los estantes de la alacena, un masculino despliegue de ropa interior secándose en el radiador de la calefacción, un gato psicodélico o bien el seductor mohín de una rubia contestataire, súbdita de su majestad la reina, apenas envuelta en el erótico drapeau del Reino Unido, guiñándoles desde la pared. El descuido normal

de una habitación de estudiantes, temporaria y multiuso.

Y, sin embargo, no sería aquel un lugar sórdido, porque nada puede ser absolutamente sórdido en Montreal, el frígido, impoluto, casi virgen dominio del inmenso Canadá; en todo caso, no sería la sordidez que sorprendí después en la miserable pensión de Bruselas, en el quartier d'Ixelles, dos formas contrastables, dos variantes extremas y difícilmente intercambiables de una misma cultura francófona, unos cinco meses después, días más, días menos. La invasión, el saqueo de ropas y enseres, las sábanas empastadas de sangre, el fajo de papeles estrujados, roídos por la humedad y el orín, los pocos útiles sobre la mesa, un pedazo ya rancio y mohoso de pan, la valija aplastada, la mugre del piso y las paredes, el olor, el miserable ropero de hotelucio barato violado hasta en sus más ocultos recovecos.

El blanco sol del Quebec brillaría tenue en un cielo de alabastro azul. Serían tal vez algo así como las tres de la tarde. Las calles se habrían convertido en largos desfiladeros de nieve azotadas por el ímpetu boreal que se levantaba de las gélidas aguas del San Lorenzo; comenzarían a insinuarse las largas y endurecidas sombras de ese invierno tardío; el hielo desprendería sus plateados destellos en las barandas de las escaleras de hierro y en las viejas construcciones de piedra y de ladrillo recubiertas de hiedra.

-¿Y qué vamos a hacer con los ejemplares que sobren? –habría sugerido Alexandre después de cierta reflexión-. Si vamos a ir tres de nosotros, con ciento cincuenta copias nos arreglamos. ¿Cuántos crees que pueden acomodarse en una valija? ¿Treinta, cuarenta?

-Yo había pensado setenta y cinco por cabeza –Christophe rehusaría enfrentar la mirada de los demás; habría vuelto a tomar la botella y examlnara el fondo de los vasos dispersos sobre la mesa, con la fingida intención de escandir la medida de ron que habría de verter en cada uno-, Ya sé, parece una locura. Mais, bon... Estuve haciendo cálculos. El folleto va a tener unas veintiocho páginas. Hay que imprimirlo en papel muy liviano; cuesta un poco mas, pero es un riesgo menos. Veintiocho páginas, ochentas gramos, aproximadamente. Setenta y cinco copias hacen unos seis kilos. En el doble

fondo de las valijas hay lugar para esa cantidad y tal vez un poco más. Pero seis kilos de exceso... bueno, ya es bastante.

- Merde! -exclamaría sobresaltado Jean- Pierre-. Cualquier guarda de aduana, por imbécil que sea, va a descubrir un sobrepeso de seis kilos en una maleta.

Se habría quedado mirando a los demás, interrogante, con un brillo de desafío en el iris bruno.

En medio del silencio, Christophe habría continuado el acto interrumpido: el borboteo de ron; el chasquido de un fósforo que encendió tres cigarrillos. Ardió un segundo fósforo.

-Bon, j'avais pensé... Eso depende de lo que uno ponga en su equipaje. Hay ciertos trucos: algunos libros, unas cuantas cosas que abulten pero no pesen demasiado ¿se comprende? Una valija que parezca muy llena a la vista aunque el peso efectivo sea relativamente bajo. El espesor del doble fondo no va a tener más de ocho centímetros.

-Tu crois que ça ira? Yo me sentiría más seguro con un billete de veinte dólares canadienses asomando por uno de los resquicios de la valija. Ahí tienes un argumento irrefutable para cualquier guardián del aeropuerto. Desde el jerarca máximo hasta el último de los changadores.

-Sería la cosa más estúpida que podrías hacer. Intentas sobornar a alguien, lo consigues, pero a partir de ese momento eres un sospechoso, y ya nadie daría un gourde por tu cabeza –Christophe habría echado mano a un vaso, invitando con un gesto a los demás Allez-y! -Un brindis silencioso de los cuatro-. Yo veo las cosas así: ¿qué representamos cualquiera de nosotros para los servicios de seguridad? Nos conocen perfectamente: somos los vástagos privilegiados de algunas viejas familias burguesas, acomodadas y por supuesto corruptas de la clase dominante. Ese tipo de gente que se da el lujo de mandar a sus hijos a hacer estudios en el extranjero. Izquierdistas, snobs, puede ser. C'est tout. El izquierdismo, ya se sabe, es un mal de juventud, de la universidad; en Canadá y en cualquier parte del mundo. Una infección que se contrae y se abandona junto con los libros. Mientras uno estudia fuera del país está bien; pero nadie

que esté en su sano juicio pensaría en regresar a Haití sin convertirse a la religión oficial. Ni siquiera para sus vacaciones.

-Ah, oui... La vieja religión de papá Doc.

-Moi, je suis d'accord -habría interrumpido Henri Jacques-. Si hay que recurrir a la benevolencia de los guardias del aeropuerto que sea con una botella de "Canadian Club" o un cartón de cigarrillos americanos. Y pondremos adentro dos botellas más y otro par de cartones para nosotros. Esa será la razón del soborno.

- Los cerdos se cotizan más caro -afirmaría Alexandre taxativamente.

- Una botella y diez paquetes de cigarrillos no es suficiente para seis kilos de exceso. ' ,

- Entonces no hay más que hablar. Se reduce la cantidad de folletos y asunto concluido. - Pese a la terminante afirmación, la frase habría dejado sus puntos suspensivos en el aire; Christophe examinaría los reflejos del ron .en el vaso, ese color que recordaba los crepúsculos dorados y verdes de las playas haitianas-. Sin embargo- proseguiría después-, riesgos siempre van a existir, y en cambio dejaremos de tocar a mucha gente importante.

-Merde! -habría estallado por segunda vez Jean-Pierre-. Empecemos por ver qué gente tienes en esa lista. Después discutiremos la cantidad que vamos a llevar.

Christophe se habría apartado en busca de un trapo para secar la mesa; luego desplegaría las páginas donde se habían consignado a tres columnas nombres, direcciones, profesiones, cargos. Alexandre tal vez se habría arrimado parsimoniosamente, atisbando por encima del hombro de Christophe. Renuente, Henri Jacques renunciaría al tibio vapor del radiador y el confortante olor de ropa húmeda al secarse. Jean-Pierre se habría puesto a examinar con avidez las listas.

- Hay de todo ahí -subrayaría innecesariamente Christophe, alejándose para ceder espacio a los demás-. Funcionarios del gobierno, profesionales, empresarios, unos pocos militares, eclesiásticos, personal del Ministerio del Interior.

-¡El Ministerio del Interior! Qué idea brillante. Como espe-

rar a regeneración universal.

- Incroyable, incroyable -mascullaría Henri Jacques mientras seguía leyendo.

Christophe habría encendido un nuevo cigarrillo.

- Los compañeros que se encargaron de esto trabajaron más de un año en la lista -explicaría sin perder la calma-. La gente que figura ahí ya está harta de la dinastía; quien más, quien menos, todos tuvieron problemas con papá Doc en algún momento. Conocieron de cerca a los Tontons Macoute. Puede ser que el heredero los mantenga a su servicio y haya querido hacer las paces. Es gente influyente y de prestigio, pero también están convencidos de que Haití tiene que salir de la edad media. La era del terror pasó. ¿Por qué vamos a aceptar que nos siga gobernando un gandul como Jean-Claude? La situación está madura para el movimiento.

- Ah, oui, mais ça depend toujours de celui qui fait l' offre la plus grande -habría refutado sin mayor énfasis Alexandre-. Pasó el terror, tú dices..., pasó el terror. Lo único que quedó demostrado es que el Barón era tan mortal como el que más, y punto. En Haití, el dinero sigue siendo inmortal. Mientras Jean-Claude haga correr los dólares de su bolsillo no me fío de nadie.

-De acuerdo, no tenemos los dólares de Jean-Claude. ¿Pero quién quiere realmente comprar o sobornar a alguien? Sería continuar en lo mismo, n'est pas? Merde, podemos ofrecer mucho más Que él: dignidad principalmente. Y algo que todo el mundo está esperando: la riqueza de Haití para los haitianos; para todos los haitianos) si es que eso significa por fin la paz y la tranquilidad. No digo el fin de la miseria) pero eso también vendrá, a su tiempo Christophe se habría apartado aun más de la mesa) nervioso) el cigarrillo temblándole en la mano-, Es lo que todo el mundo quiere, definitivamente -continuó-. Cambio) progreso) el fin de la corrupción, del genocidio, de las cámaras de tortura, de la superstición, de los ojos que te siguen detrás de los anteojos negros, de las barreras en los caminos, de los toques de queda, de la entrega del país a los monopolios, del flirt con las multinacionales, del remate del sagrado voto haitiano al mejor postor en las asambleas de la ONU y de la

OEA... ¿Hay necesidad de seguir? Y eso es lo que el movimiento ofrece: paz, orden, tranquilidad, dignidad, cosas que jamás conocimos. y para conseguirlo, mejores condiciones de vida, ocupación y trabajo para todos. A costa del sacrificio de algunos, ya se sabe, pero hay gente dispuesta a pagar ese precio. Estamos en camino de lograrlo, con dólares o sin dólares.

Se habría producido un significativo silencio después de la explosión de Christophe.

- Je suis le drapeau haitien, uni et indivisible -habría canturreado Jean-Pierre, volviéndose a inclinar sobre las páginas.

- ¿Cuántos blancos hay en la lista?

-Treinta y cinco, cuarenta; Tendría que haber más. Hay que acabar también de una vez p~ todas con el mito de la superioridad negra. Eso es parte de la ideología del régimen, y papá Doc sabía muy bien que era uno de los pilares que lo ayudaba a sostenerse. Si no tocamos a los pocos blancos que tienen alguna influencia en el país, una situación segura y una posición progresista, no vamos a tener éxito. Es otro punto en que no podemos hacer concesiones.

- Merde, no vamos a ponemos a discutir ahora sobre las cosas que ya estamos de acuerdo -habría exclamado finalmente Alexandre-. Se habría desprendido del corrillo aglutinado en torno a la mesa, convencido de la inutilidad de seguir revisando las listas. Se inclinaría sobre la ventana, su mirada hundida en la creciente oscuridad y el desamparo en que iría sumiéndose la calle del carré.

- Llevamos demasiado tiempo cocinando esto. ¿Cuándo va a estar impreso el documento?

Christophe habría hurgado dentro de la carpeta hasta extraer un grueso fajo de páginas dactilografiadas; se veían numerosas tachaduras y correcciones hechas con bolígrafo.

- Hay mucha cosa reunida aquí: datos, cifras de prisioneros, nombres de desaparecidos y gente en el exilio durante los últimos dos años; las principales canonjías, los ilícitos económicos, las fuentes y el monto de la fortuna personal de los Duvalier y de los cerdos que están incondicionalmente a su servicio. Hay que ordenar y redactar convincentemente todo esto. Es la tarea que nos toca; urge, y

va a exigir mucha transpiración. Después, esbozar un mínimo programa de acción, resolver cuestiones organizativas y de funcionamiento.

- De eso que se encargue la gente de Europa.

- En realidad, no. Tenemos que llevar algo pensado. En todo lo que es información, dependen casi enteramente de nosotros.

-¿Qué ciudades vas a tocar?

- En principio, Londres, París, Bruselas. Entre las tres, hay por lo menos una decena de diplomáticos a los que podemos acercarnos con entera confianza.

-¿Diplomáticos? ¿Además eso?

-¿Y para cuándo hay que terminar el trabajo?

-Yo voy a viajar recién después del período de exámenes: fines de julio o principios de agosto. El verano europeo no es la mejor época para encontrar a la gente que hay que contactar, pero tampoco podemos demorar más las cosas. Pienso quedarme unos dos meses.

-Más o menos el tiempo que nosotros vamos a pasar en Haití.

- Esa es la idea. Después nos reunimos aquí y examinamos los resultados.

-¿Dónde vamos a imprimir el folleto? -habría averiguado Alexandre.

-Otro punto a decidir. La forma más económica es sacar fotocopias en la universidad, pero el papel fotostático, como les expliqué, es demasiado pesado. No sé. Hay que dar con una imprenta pequeña y de confianza, que acepte imprimir un documento como éste, sin pie de imprenta, mantener absoluta discreción. Tenemos que ponemos enseguida en campaña para dar con algo así.

- Puede llegar a costarnos unos quinientos dólares.

-Van a pedir el doble -estipularía con imperturbable suficiencia Alexandre-. Un poco por el riesgo y otro poco por la discreción. Les quebecois, ya se sabe, no son gente demasiado idealista.

- También luchan por su autonomía.

-¿Tú realmente les crees? Se cagarían en los pantalones si alguien viniera a arrancarlos de la monárquica soberanía canadiense.

-¿Qué hacemos entonces?

-No hay otra solución, así que adelante.

-¿Y el dinero? ¿De dónde vamos a sacar unos mil dólares?

- De Europa. Podemos conseguir lo que necesitamos.

- En ese caso, podría estirarse un poco la edición -habría sugerido Jean-Pierre-. Si ellos van a pagar, es justo que le saquen mejor partido a este material. Veinticinco ejemplares..., eso no es nada. Te los quitarán de las manos en cuanto atraveses la primera puerta.

-En cuanto a mí, de acuerdo -aceptaría Christophe-. Después de todo, yo soy quien corre menos riesgos. Puedo viajar a Europa con cien o doscientos ejemplares, da lo mismo. C' est a vous a décider.

-Diable, eres tú el que conoce la situación allí -replicaría Jean-Pierre con su habitual histeria ¿Para qué mierda pasaste dos años en Europa?

-Correcto, yo soy el que estoy en mejores condiciones para moverme allí; cuento con los amigos de Lovaina -habría estirado deliberadamente ese último, tonificante sorbo, paladeando aquel viejo sabor como un acto ritual y compartido-. Pero para decirles la verdad , no me gusta e pape que me toca Jugar en todo esto. o no voy a Haití; es en Haití donde uno arriesga seriamente el pescuezo.

- Naturalmente , Jean-Claude no sabe lo que Pasa en Europa -Alexandre se habría vuelto entre irónico e irritado de su melancólica contemplación privada frente a los empañados vidrios de la ventana-.No hay hombres de Jean-Claude ni en París, ni en Londres, ni en Bruselas. Lo que acabas de decir es una real estupidez. La cabeza del movimiento está en Europa. Allí es donde van a querer decapitarlo.

-¿Decapitarlo? El movimiento es ahora una hidra de siete cabezas. Hemos colocado gente en todas partes: en los Estados Unidos, Aquí en Canadá, en Méxicom por todas las Antillas.

Y bien, nosotros volamos a Port-au- Prince -habría subrayado a modo de conclusión y casi resignadamente Henri Jacques-. En lo que a mi respecta, me siento más seguro allí que en cualquier otro lugar. Jean-Claude no se atreverá a ponemos un dedo encima mientras estemos en territorio haitiano.

- Papá Doc lo hubiese hecho sin ningún miramiento. Los tiempos, mal que bien, han cambiado.

- En fin - Jean- Pierre habría empuinado el vaso para acabar con el último trago, se habría puesto de pie tras un breve redoble de las palmas sobre sus muslos, conjurando ritmos familiares-. Tenemos todavía tres meses para planear las cosas. No hay por qué preocuparse.

-Tres meses de trabajo duro- confirmaría Christophe exhibiendo en alto, una vez más, el fajo de papeles antes de remitirlo a la carpeta. Henri Jacques se frotaba las manos ante el radiador.

-y casi dos meses más de este jodido invierno del Quebec - habría acordado a modo de eco Alexandre, siempre hundido en la creciente penumbra más allá de la ventana-. Estoy de nieve hasta las bolas. Si no fuese por el invierno y la nieve, el Canadá no sería un Lugar tan malo para vivir.

-Cuestión de elección entre la carne blanca y el ardor de nuestras negritas -habría establecido Jean-Pierre.

-A propósito -recordaría súbitamente Alexandre volviéndose hacia Christophe.- ¿Tuviste últimamente noticias de tu hermanita

CHRISTOPHE

En la mañana de un sábado otoñal y luminoso de setiembre (uno de esos días en que el parque de la universidad reverdecía y los rectángulos de arcilla roja de las canchas de tenis se poblaban de jerseys blancos, recordé con nostalgia desde mi lóbrego tabuco del Placette), alguien me sacó de la cama para anunciarme un llamado telefónico. El aparato estaba al fondo de un oscuro y helado corredor.

-¿Michou? -verifiqué en cuanto reconocí la voz-. ¿Cómo andan las cosas?

-Mal -me contestó sin más-. Necesito que me lleves a Bruselas.

No nos habíamos visto desde hacía algo así como una semana, el lapso más largo desde que se había producido el encuentro. Yo tenía aún brumas en la cabeza, necesitaba diez o quince minutos de ducha, sólo poseía una noción vaga de la hora aunque debían ser más de las ocho y había prometido a Bénéoit que estaría sin falta en el centre no más tarde de la nueve. Comencé a tratar de explicar todo eso, especialmente el compromiso de trabajo, que últimamente venía siendo el principal argumento para rehusar la mayoría de las invitaciones o sugerencias de Michou.

-Ocurre que murió mi hermano -descerrajó Michou intempestivamente; y luego de es;¡ sorpresiva relación aportó algunos datos-. Me acaba de llamar la policía. Debo presentarme en la morgue de Bruselas para reconocer el cadáver. Hay que ocuparse del sepelio, tengo que recoger sus cosas...

Sus palabras parecieron estrangularse de repente, como si el cable del teléfono se hubiese enroscado en su garganta. Aquello parecía una historia desorbitada y absurda, y por un instante se me pasó por la mente que la imaginación tropical y febril de Michou, acuciada por el despecho o el deseo, hubiese encontrado un nuevo pretexto para poner fin a la aleatoria separación de esos días y forzar el encuentro.

-¿Qué hermano? -atiné a preguntar- ¿De qué estás hablando?

Contestó que era un asunto largo de explicar, lo haría con más tiempo, me pidió un poco de paciencia e insistió en si podía llevarí en mi coche a Bruselas.

-Por supuesto -le dije-. Me visto y paso a recogerte. Quince minutos, digamos. ¿Está bien?

Asintió y colgué. Inmediatamente volví a levantar el tubo para explicar a Bénéoit que había surgido un inconveniente imprevisible y no podría reunirme con él como habíamos convenido. Mientras me duchaba comenzó a ganarme poco a poco una impotente exasperación, cierta especie de furia, irritación o rabia tan irracional como intransigente. Un odio repentino hacia Michou, hacia la forma

perturbadora e insidiosa con que se había introducido en mi vida y en mis planes, hacia las evidencias que se acumulaban a diario sobre las dificultades que tendría para deshacerme de ella. Sin embargo, la cólera inicial dio paso a una actitud más serena y reflexiva, sobre todo cuando recapacité que las cosas habían ocurrido exactamente a la inversa de la forma en que yo me las representaba en mi iracunda

ceguera: había sido yo el que realmente se había entrometido en la vida de Michou y, queriéndolo o no, independientemente de mi voluntad, había trastocado sus proyectos y el inminente regreso a su país.

Sentí después de eso la necesidad de inspeccionarme más a fondo, de preguntarme sin ninguna hipocresía, subterfugios ni argucias racionalistas, qué me estaba ocurriendo, por qué esa furia, esa indignación, esa inquietante impresión de que mi hasta entonces solitaria y acorazada existencia estaba siendo no sólo acosada, amenazada, atacada, no, esos no eran los términos precisos, más bien ultrajada, violada, avasallada. Y con súbita lucidez me pareció comprender que desde algún agnaticio, atávico, remoto rescoldo de prejuicio o más bien instinto de superioridad genéticamente transferido, lo que yo rechazaba era el desafío racial y ese contraste de temperamento, sensualidad y libertad irrestricta que la presencia, compañía o confrontación con Michou me imponían. En el substrato, en el incierto límite entre el inconsciente y la conciencia, sin necesidad siquiera de internarme en zonas demasiado profundas, en honduras no escudriñadas, estaba el hecho decisivo de que Michou era negra y yo era blanco, caucásico, racional, cartesiano; nada que ver con el vudú ni el paroxismo místico; ese era el busilis de todo el asunto. Michou era una compañía decorativa e incluso prestigiosa en Lovaina, era influyente y meritorio que te vieses con ella, aumentaba tu cotización personal, tus valores experimentaban un alza, asumías ante los demás la imagen de un semental hipersexuado, desmesurado, con una potencia a toda prueba; podías atrapar y mantener a tu lado mientras quisieras a una hembra superdotada, toda sexualidad y sensación, ritmo, danza y vudú, tambores y calypso; podías acostarte con ella, exhibirte, prolongar la demostración quince días,

un mes, quizás en otras circunstancias tres, seis meses, un año. Pero hasta ahí llegaba todo. Ella era negra y tú eres blanco. Punto.

Y lo que al principio se inició como una simple introspección individual, íntima y forzosamente sincera a propósito de lo que me sucedía, generó después una reflexión más difusa sobre una situación fácilmente constatable no sólo en las dimensiones de Lovaina, que era algo así como un laboratorio, un microcosmos de esa clase de experimentación interracial que se había puesto de moda en toda Europa. Pensé en París, en Ginebra, en Alemania, en la boreal, helada y sobre todo rubia Escandinavia: la misma situación podía advertirse en todas partes; los especímenes masculinos y femeninos que venían de África, del Brasil, de los Estados Unidos, del Caribe, eran altamente apreciados., Una experiencia interesante, cómo no; algo nuevo, excitante, diferente. Integración. Quince días, un mes, un año; a veces una noche bastaba. Sexo y sensación. El recóndito sedimento salvaje de la raza en busca de sus prístinos orígenes. Y después de ese conmoviente experimento, cada uno a su compartimento estanco e infranqueable: negro y blanco. Una leve fricción, para sentir el gusto superficial de lo desconocido, pero luego el espanto, el temor, el rechazo irracional ante la más mínima posibilidad de una aleación más completa y realmente integradora.

No sé si con el resabio de toda esa deprimente indagación todavía a flor de piel llegué a la pensión. Michou me esperaba en la puerta. En el trayecto hasta Bruselas me fue poniendo al tanto de las pocas cosas de las que yo quería o no quería enterarme. Su hermano Christophe estudiaba medicina en Montreal. Antes había pasado dos años en Lovaina. Hacía meses que ella no tenía ninguna noticia de él; lo imaginaba todavía en el Canadá, o en Haití, para sus vacaciones. y esa mañana el repentino llamado de la policía de Bruselas, asegurándose primero de su identidad, formulando una serie de inquietantes preguntas, notificándole después con los debidos pésames que Christophe había sido encontrado muerto en una oscura casa de inquilinato en el quartier d' Ixelles, y que ella debía concurrir a la morgue a los efectos de identificar el cadáver. Nada más. Eran los únicos datos que le habían proporcionado. No sabía desde cuán-

do su hermano estaba allí ni qué hacía, por qué había ido a instalarse en una pensión de Bruselas en lugar de venir a compartir su cuarto, por qué no le había escrito ni la había llamado siquiera por teléfono. Ni tampoco sabía cómo, cuándo, ni de qué había muerto. Todo era incierto y neblinoso.

Michou temblaba, refrenaba un sollozo, y yo sabía muy bien que no había nada inventado ni fingido en aquello porque Michou -¿cómo decirlo?- era uno de esos pocos seres que yo había encontrado en mi vida todavía puros, sanos o enteros, quizás un atributo de su raza, no sabría explicarlo exactamente, un ser incapaz de dividirse, de desdoblarse, de simular, de mostrar otra cosa en su rostro, en su expresión, en sus gestos, en su cuerpo, aparte de aquello en lo que verdaderamente creen y sienten.

Y aun así, convencido de eso, pese a la transparente evidencia, la historia que acababa de escuchar seguía resultándome extravagante, heteróclita, demasiado fuera de lo ordinario para la taciturna rutina claustral de Lovaina. Demasiado extraña para que me ocurriera a mí, o mejor dicho a alguien con quien yo me hallaba aleatoriamente asociado, algo demasiado exótico o desmesurado para ser cierto. Un

hecho posible, verosímil por lo menos en el trópico, entre las plantaciones de plátanos y azúcar, pero absolutamente improcedente en aquel escenario y en el sosegado discurrir de mi existencia europea. Llegamos al vetusto edificio de la morgue poco después de las diez de la mañana. Nos condujeron hasta una sala resplandeciente de azulejos, un decorado previsto para alojar a un rígido elenco funerario, la aséptica máscara de la rutina, la descomposición y el exterminio. Varias camillas se alineaban con los cadáveres enfundados en sus grises bolsas de vinílico. Un imperturbable funcionario deslizó la cremallera de una de las fundas con un gesto casual y desprovisto de toda solemnidad, un acto repetido muchas veces y algo habitual en sus obligaciones, y allí emergió Christophe, ese hermano cuya existencia hasta el momento yo había ignorado por completo. Un rostro transfigurado, a medias recubierto por la escara, el coágulo o el borbotón de sangre que había vomitado en el momento de asaltarlo la muerte o lo que fuese. Sostuve el peso de Michou cuando

advertí que estaba a punto del desmayo. El funcionario de la morgue se volvió hacia ella con un gesto interrogante.

- Et bien?

Michou asintió con un cabeceo leve y silencioso. Restañé las lágrimas que comenzaban a salir. El hombre volvió a correr la cremallera del sudario de plástico, y la identidad del muerto pareció quedar definitivamente establecida por toda la eternidad. Con la misma rutina cansada y burocrática nos guió hasta la puerta de la sala, y de allí a su escritorio. Invitó a Michou a sentarse; abrió una gruesa libreta de tapas convenientemente negras.

- Tiene que firmar aquí, indicando su conformidad -señaló.

-¿Conformidad con qué? "preguntó Michou.

Levantó la vista sorprendido y pareció advertir por primera vez que algo le pasaba a su cliente.

-¿Se siente bien? -preguntó.

Michou dijo que sí. No sé que hubiera hecho la morgue en caso de haber afirmado lo contrario. Salimos de allí cuando eran poco menos de las once de una radiante mañana de Bruselas.

IXELLES

Volvimos a instalarnos en el coche, pero me detuve delante del primer bar que encontramos. Pedí café y dos copas de cognac. Michou no estaba nada bien. La sangre había desaparecido de su rostro, y, para cualquiera que la conociese, el oleoso color moreno de su piel se veía ahora de un turbio tono pálido.

-¿Qué quieres hacer ahora? -le pregunté mientras ella bebía su cognac y aparecieron los primeros signos de que se estaba recomponiendo poco a poco.

- Tenemos que ir a la seccional de policía -me explicó-. El inspector que se ocupa del caso quiere informarme de todos los detalles. Después, no sé; creo que nos llevará al cuarto donde encontraron a Christophe para recoger sus cosas. También debo ocuparme de todo lo necesario para su sepelio. No tengo la menor idea de cómo hay que proceder, qué debo hacer, a dónde ir. Lamento

haber te envuelto en todo esto, pero no te sientas obligado a nada. ¿Quieres acompañarme?

Dije que sí, por supuesto, aunque no fuera verdad. Yo hubiese querido dar todo por finalizado lo más pronto posible. Ese hermano muerto venía a inmiscuirse inesperadamente en mi vida y en mis planes, un intruso indeseado; venía a interferir en mi propósito de poner término cuanto antes a todo lo que tuviese que ver con las borrosas latitudes del trópico, con las Antillas, con Jean-Claude Duvalier, los militares, con las intrigas, con la revolución, con todo aquello que se había introducido subliminalmente en mi vida desde el advenimiento de Michou. En un nivel más profundo, incluso, lo que deseaba era acabar con el desafío o cuestionamiento étnico, con los escrúpulos y el sentimiento de culpa hacía poco descubiertos, con el ramalazo ancestral que el encuentro con la Nefertiti negra y todo lo que sobrevino después había significado para mi narcotizada existencia de entonces. Por el instante, sin embargo, no podía siquiera concebir la posibilidad de abandonar a Michou en aquellas circunstancias. Terminamos nuestro café y un par de cigarrillos y regresamos al automóvil.

Atravesamos en absorto mutismo las tráfegadas calles de un sábado de Ixelles. La vida continuaba en todas partes, bulliciosa e indiferente, ajena por completo al drama originado quizás en el minúsculo territorio de una isla perdida en el Caribe y que se resumía ahora en el ánimo de Michou, extraña o exteriormente calma, pero sacudida en su interior, en cada célula nerviosa, bien podía adivinarlo, por un espasmo de dolor reprimido.

Nos extraviamos un par de veces en los callejones del quartier, pero llegamos finalmente a la seccional policial. El inspector nos aguardaba. Hizo pasar a Michou a su despacho y me rogó que esperase afuera, pues deseaba conversar con ella a solas. Me instalé en el único asiento disponible, un incómodo banco de madera. Fumé tres o cuatro cigarrillos, me levanté y volví a sentar no sé cuántas veces. En la calle, la vida transcurría con una normalidad exasperante. Al cabo de una media hora se abrió la puerta y apareció Michou seguida por el inspector.

¿Le importaría llevamos hasta la pensión donde encontramos al hermano de su amiga? -preguntó el oficial escrutándome con una sonrisa profesional-. No queda lejos de aquí. Apenas unos cinco minutos.

Abrió la puerta posterior para dejar pasar a Michou y se sentó junto a mí en el asiento delantero. Volvimos a internarnos en un dedalo de calles para mí desconocidas. Era ya el mediodía, una mañana suburbana de Bruselas, un sol tibio, el aire transparente del otoño, el perfil escalonado del gótico flamenco se recortaba con sus rojos y ocres contra el azul límpido del cielo. La animación sobre las calles empedradas de Ixelles seguía en aumento. La muerte no tenía nada que ver con todo aquello., Pensé en una sudorosa partida de tenis con Bénéoit, en la ducha caliente, en el almuerzo, un buen vino.

- Nous sommes là -anunció el inspector.

Encendió un cigarrillo negligentemente y apretó el timbre junto a la desportillada puerta de la pensión. Pasaron varios minutos antes de que nos abrieran. Apareció un cuerpo de mujer enjuto y encorvado; un rostro consumido por los años, por la soledad, probablemente por la bebida, pensé también después.

-Ah, bien, c'est vous, monsieur -dijo la vieja al reconocer al inspector. Clavó en Michou dos ojos espantados: la piel morena, Haití, el Caribe, les latinoaméricaines, el salvajismo o la barbarie, la conexión era evidente-. Entrez, entrez -prosiguió-. Monsieur Christophe, le pauvre. Es algo espantoso lo que ha pasado. Fui yo quien lo encontró en su pieza. Llevaba dos días sin salir. Qué horror. El cuerpo sobre el lecho, casi caído contra el suelo; toda esa sangre. Jamás había experimentado una sensación tan fuerte. Et lui, le pauvre, il était si aimable, si doux.

Continuó monologando mientras subimos peldaño a peldaño la crujiente escalera hasta el tercer piso. Parecía un personaje arrancado de una novela de Agata Christie o Simenon. Nos detuvimos frente a una puerta clausurada con el sello policial. El inspector lo arrancó de un tirón. El desorden dentro del cuarto era total. Una ominosa mancha de sangre se extendía en medio de la alfombra raída. El mismo rastro púrpura y endurecido que ya habíamos sor-

prendido en el rostro de Christophe había quedado estampado en las mugrientas sábanas. Durante algunos interminables segundos nadie dijo nada. La vieja, finalmente, murmuró una frase indescifrable y comenzó a descender la escalera.

- Bien, esto ha quedado exactamente como lo encontramos - aclaró el inspector dirigiéndose a Michou-. No hemos tocado nada. Las pocas cosas de valor que tenía su hermano ya se las entregué. Usted sabrá qué hacer con lo demás. Lévense todo lo que puedan, por favor. No es mucho y pueden acomodarlo fácilmente en el auto.

Repitió una bien ensayada fórmula protocolar, diciendo que sentía todo lo que había pasado y que allí terminaba su misión, nos deseó buena suerte e intentó marcharse lo más rápidamente posible. Conseguí alcanzarlo en el vestíbulo.

-¿Qué fue lo que pasó realmente? -pregunté, sintiéndome quizás por primera vez tocado de cerca por la muerte de Christophe.

Me observó durante algunos instantes detenidamente.

-¿Que tiene que ver usted con todo esto? -replicó.

Me limité a decir que era un buen amigo de Michou.

- Si, eso parece obvio. ¿Y con el muerto?

-Nada en absoluto. Ni siquiera estaba enterado de su existencia.

-De veras?

-Recién esta mañana -admití-. Cuando Michou recibió la noticia..

-Pero usted no es de aquí ¿verdad? ¿También latinoamericano?

Dije que era español. Volvió a observarme con curiosidad.

- Bueno -explicó-. Ya le mostré a su amiga el informe del médico forense: una hemorragia gastro-intestinal. La dueña de la pensión lo descubrió veinticuatro horas después, encerrado en su pieza. Extraño, pero posible. Me limito a transmitirle el parte oficial sobre el caso.

-¿Y su opinión personal?

-¿Mi opinión personal? -Se tomó el tiempo de encender un nuevo cigarrillo-. Verá, la situación aquí es más o menos ésta: hay

alrededor de cuarenta o cincuenta grupos clandestinos que operan en Bruselas. Africanos, palestinos, turcos, israelíes, centro y sudamericanos. Cada semana, promedialmente, se nos presenta un caso como éste, con escasas variantes. Ese señor, el hermano de su amiga, entró no sé de qué manera en el país; probablemente desde Francia, Alemania u Holanda, en automóvil. Se registró en la pensión con su nombre de pila verdadero y apellido supuesto, y cuatro días después

aparece muerto. ¿Qué le parece que podemos hacer nosotros? ¿Resolver los problemas de su país? Haití o Tahití, ni siquiera estoy muy seguro de dónde queda eso. ¿Quiere que nos pongamos a investigar y perseguir a organizaciones anónimas, invisibles y sobre todo indeseables? Preferiríamos que estas cosas no ocurriesen, y si a pesar de todo tienen que suceder, que las resuelvan en su propio país. Pero no, vienen a realizar el trabajito aquí, para acarreamos más complicaciones a nosotros, como si nouviésemos otra cosa que hacer. Brussels vous savez n'est pas une ville tellement tranquille.

Dió una poderosa pitada al cigarrillo y su mano se apoyó en el pomo de la puerta.

- Trate de explicárselo lo mejor que pueda a su amiguita -añadió-. Preciosa criatura. Para ella, la causa de la defunción sigue siendo derrame gastro-intestinal. De algo siempre se muere. La autopsia y el certificado forense lo confirman. Colóquese en nuestro lugar: es la única manera sensata de cerrar el caso. Regresé a la habitación. Michou seguía como paralizada, su mirada paseándose inútilmente por el montón de despojos que habían pertenecido a su hermano. No había mucho que rescatar: ningún objeto de valor, ni un solo franco belga o dinero extranjero; sólo prendas inútiles, un par de libros desgarrados, la valija desfondada con unos pocos efectos personales, ningún documento personal a la vista.

-¿Hablaste con el inspector? -quiso saber Michou-. ¿Qué te dijo? ..

- Contesté elusivamente.

- Las mismas cosas que te explicó a ti, supongo.

Lo que no estaba claro para mí, sin embargo, era cómo la

policía había dado con ella, y se lo pregunté.

-Christophe me había escrito una carta con la dirección de Lovaina -respondió Michou-. No llegó a mandármela. La policía la encontró entre sus cosas, y así me localizaron.

-¿Te entregaron la carta? -indagué.

- No. El inspector ni siquiera me la mostró. Dijo que es parte del dossier policial y la necesita para su informe.

Me pareció mejor callar. No tenía objeto seguir atenaceando su dolor con más preguntas, suscitar dudas, ni sugerir que esa carta quizás hubiese servido para poner en claro muchas cosas. Nos movíamos insensatamente y sin llegar a tomar una determinación entre aquel montón de detritos, desperdicios, objetos inservibles, páginas amarillentas y estrujadas, un frasco de medicamento a medio vaciar, un peine desdentado, una máquina de afeitar barata, una toalla llena de manchas y arrugas; un cepillo de dientes colgaba solitario y vertical sobre la palangana del baño; una pastilla de jabón ordinario se había secado produciendo una escara de espuma salitrosa.

-Bueno, algo hay que hacer -resolví-. Decide lo que quieras Y lo cargamos en el auto. .

Descendimos los tres pisos con la maleta hinchada y volvimos con la Vieja en el vestíbulo.

- Mademoiselle, mademoiselle! - gritó al ver que nos marchábamos- Voulez-vous connaître toute l'histoire? Venez, venez, entrez. Je vous en dirait tout.

No estaba seguro de qué nuevos elementos podía aportar la Vieja, pero pensé que era mejor no ,exponer a Michou a peligrosas revelaciones. MIChou tampoco tema deseos de escuchar lo que la . dueña de la pensión pudiera decir, ni dejar que la mujer se apropiase de nosotros para colmar una o dos horas de su sorda existencia, ya que no parecía ser otro su propósito. Aquello había sido sin duda el acontecimiento de su vida; alimentaría en el futuro su solitaria neurosis, su manía elegíaca, sus borracheras nocturnas.

Cargamos la valija en el baúl del coche, sabiendo que tendríamos que deshacernos cuanto antes y de la manera más higiénica posible de todo eso. Michou había obtenido del funcionario de la

morgue la dirección de una empresa funeraria. Nos dirigimos allí. El empleado que nos atendió se mostró desconfiado o renuente, y Michou no tenía claro cómo resolver los enojosos trámites concernientes a las exequias de Christophe, ni con cuánto dinero contaba para eso.

Esa misma tarde, de regreso en Lovaina, efectuamos una llamada a Port-au-Prince. La familia ya estaba al tanto de lo ocurrido. Pidieron a Michou que volase a Haití con el cadáver; en pocos días le girarían el dinero necesario. Nunca había visto a Michou llorar abiertamente; nunca había visto su rostro oscuro trastornado por el dolor y la tristeza. Sabía que lloraba por Christophe, un poco por mí, por nuestra separación, y también por Lovaina y Europa. No sé qué cosa la laceraba más, la muerte del hermano o el desgarramiento, ahora irreversible, definitivo, de aquel mundo que había sido su imperio indiscutible durante cuatro o cinco años, y de algo vago, difícil de definir, que yo había llegado a simbolizar en ese breve lapso de nuestra convivencia.

Aquella noche dormimos juntos por última vez.

LA PARTIDA

Dos o tres días después llegaron las lluvias, los primeros fríos y grises del otoño, la reapertura del Centre, todo a la vez, aunque no supe precisar exactamente en qué orden. Y en medio de eso la partida de Michou, que nuevamente desquició, alteró, desbarató todos mis planes, la urgente necesidad de organizarme, de recuperar la calma y la serenidad perdidas, de imponerme el control y sujeción indispensables para efectuar la obligada transición del tumulto del verano a la disciplina hiemal, a los meses de trabajo y estudio. La primera tarea fue despachar el baúl, vaciar la habitación de la pensión, dar cabida en mi ya ahito cuartucho del Placette a los libros, posters y discos de los que Michou quería generosa o melancólicamente desprenderse. El funeral de Christophe había sido fija-

do para la víspera de la partida. Resultó una ceremonia raleada, oscura y triste. No sé por qué, hasta entonces jamás se me había ocurrido asociar del todo la tristeza con la muerte; más bien con otro tipo de desgarramientos, con rupturas y alejamientos que le afectaban a uno mientras la vida seguía, con los vacíos que repentinamente perforan la existencia. En el sepelio de Christophe, precisamente, resultaron más notorios los espacios vacíos que las pocas presencias. Yo me empeñaba en buscar por lo menos un símbolo, algo que le otorgara solemnidad al momento, pero ya ni siquiera Michou derramaba sus lágrimas. La misma empresa funeraria era obvio que se ocupaba del asunto a disgusto, pese a los casi seis mil francos que con obituaría compunción se había embolsado. Las velas ardieron casi inútilmente en el recinto desierto. Michou, yo, y un cuarteto de amigos, sus íntimos, los únicos o más fieles testigos de lo que había sido su pasaje por Lovaina.

A la mañana siguiente logré acomodar en el BMW al mismo compacto y minúsculo cortejo y emprendimos la marcha final hacia Zaventem, el aeropuerto de Bruselas. Y si el ataúd me había parecido deslucido y basto bajo el trepidante resplandor de los cirios y en el inhóspito recogimiento de la sala mortuoria, más lúgubre me resultó aún la segunda parte de la ceremonia en la agrisada luz de uno de los galpones del aeropuerto, cuando debimos cumplir con Michou las últimas gestiones de rotulación y despacho del cadáver, el muerto convertido de pronto en un flete, en una serie de papeles y recibos, un fatigante trámite administrativo. Michou llenó un extenso formulario, garabateó su firma, y nos quedamos observando cómo alguien colocaba un seguro precinto en el féretro, lo introducían en un container, luego el par de colmillos de hierro del feroz montacarga elevaba aquella extraña especie de mastaba portátil y la estibaba entre cajas de cartón y madera, un bulto más entre decenas de bultos. Allí se iba el cadáver de Christophe, su cuerpo semi-putrefacto. Fue en ese instante que establecí involuntariamente una nueva asociación entre el cuello nefertitiano de Michou y lo que debieron ser las milenarias exequias faraónicas, la efigie momificada del sacerdote-soberano y la hierática, rígida, final y sempiterna

simbolización gestual de los brazos cruzados sosteniendo el cetro del poder, enmascarado tras láminas de oro, alabeado de joyas y trofeos, en la penumbra enigmática de la geometría piramidal, bajo la soledad inmensa del desierto y el arcano de las aguas del Nilo. Después de todo, Michou y Christophe pertenecían a una raza emparentada a aquélla, pueblos que evocaban miles de prehistoria, tradiciones ocultas, ritos indescifrables, una oscura simbiosis entre la infra y la supra-realidad, el precario equilibrio en que se sostenía este estrato intermedio y despejado que nosotros, racionales, cartesianos, pragmáticos, habíamos reducido a la empírica manifestación de lo visible, a la detección inmediata y banal de los sentidos. La oposición ancestral, étnica y mítica que, desde el comienzo, oscuramente, sin que yo hubiese querido admitirlo por completo, había determinado una barrera infranqueable entre Michou y yo. El vudú y la danza; esa secreta entrega o posesión del cuerpo, esa sutil, sensible interacción entre soma y espíritu, algo frente a lo cual yo me había sentido irremediabilmente ajeno, impotente, limitado, y de lo cual había ido adquiriendo conciencia a medida que progresaba nuestra relación. Límites culturales y sexuales, diferencias de estirpes, de clases y de tribus, distancias irredimibles, un instinto de repulsa ante el dominio y la atracción que aquello ejercía sobre mí, y el inconfeso reconocimiento de mi inferioridad para sentir, gozar, danzar, creer, amar, liberarse, luchar, vivir y quizás morir como Michou y su raza eran capaces de hacerlo.

Cuando el ataúd atravesó los portones del galpón y el trailer enfiló hacia el lejano Boeing estacionado en el otro extremo de la pista, Michou y yo nos dirigimos al edificio de la terminal. No había mucho más que hacer, excepto despachar las valijas, registrarse, esperar que la lluvia demorase la partida del vuelo de Sabena con destino a New York, donde Michou conectaría otro vuelo de Pan Americana directamente a Port-au-Prince. No hubo postergación en los horarios, y a eso de las once y quince llegamos a ese otro límite infranqueable de la sala de embarque, control de pasaportes, aduana, inmigración, las vallas y custodias de una civilización acantonada.

El avión, después de todo, transforma el ritual de la despedida en una simple operación quirúrgica; la anestesia de la simplicidad, la rapidez, la eficiente aceleración final con que culmina todo. No recuerdo si hubo promesas o mentiras en el momento de separarnos ("Te escribiré", "¿Me escribirás?", "¿Vendrás a verme?", "¿Cuándo regresas a Lovaina?", etc.). Michou desapareció tras la cabina de control, y los demás, la kenyana Malak, Georgette, la parisién, Michel y Luc, si no haitianos de algún otro islote del archipiélago antillano, subimos a la terraza de la terminal. La lluvia caía más copiosa que antes. Empapados, doloridos, atravesados por la punzante estocada que pese a todo la separación nos tenía reservada, vimos ascender a Michou por la vertical y breve escalerilla, desdibujada por la lluvia; la seguimos hasta que se introdujo en el avión, buscamos inútilmente el óvalo de la ventanilla donde cada uno imaginó a su manera la llorosa mirada que con toda seguridad seguía contemplándonos. El jet, por fin, se puso en marcha, carreteó sobre la pista, y se lanzó como un brusco torpedo contra el plafond de un cielo tumefacto y plomizo.

Los cinco nos encaminamos hacia el parking donde estaba estacionado el automóvil. Ninguno parecía tener nada que decir, y yo no pude contener la avalancha de recuerdos y un sumario recuento de lo que había pasado entre Michou y yo. Todo, ahora, parecía haber sido producto del verano, del hastío, de la calcinada y letal soledad de la ciudad evacuada, de la oculta resistencia a marcharse por parte de ella, de la atracción que el misterio, el secreto, el desafío que encerraba su cuerpo, su color, la curva nefertitiana de su cuello, habían significado para mí desde el comienzo. Más tarde quién sabe por qué oscuro designio, antes de que obrasen los factores previsibles, el desgaste, la rutina claustral, el mito masculino del eterno recambio, ocurrió esa muerte absurda, imprevisible, anónima y tal vez sacrificial. Los loa y los hugan del vudú debían resolver eso. De cualquier modo, el tiempo se encargó de convencerme, el mito de Nefertiti debía desvanecerse allí, con la llegada del otoño y los fríos, con la lluvia de esa helada mañana de Bruselas, con la amenaza del cierzo y de la nieve, con los carámbanos y cristales del in-

vierno, con la muerte apacible y ritual del verano.

Repentinamente me sentí más extraño y ajeno que antes a aquellos cuatro acompañantes callados, pensativos. Ellos parecían prolongar un acto de muda, absorta, mística comunión. Para ellos, sin duda, Michou seguía presente allí, flotando en el vacío, su inasible efigie o su recuerdo demorándose en la veloz deflación de los kilómetros de la autopista, y pronta a renacer en las humosas noches de su propia Lovaina) aquella que les pertenecía de forma inalienable.

Nefertiti renacería en las noches de rock y marihuana, Malak, Georgette, Miche, Luc, quién sabe cuántos más, conjurarían su presencia. Yo, en cambio, regresaba a mi trabajo, a encastrar en el seguro y letal engranaje, a sumirme en el ruido y el incesante trajín de la única Lovaina que había conocido, aceptaba, amaba, odiaba y soportaba. Para mí todo se convertía en un breve delirio, una borrosa, oscura pesadilla, un sueño concebido en las sudorosas tardes del verano, bajo la fiebre del sol, de la canícula, de la reverberación implacable de la luz en el cemento, quizás de aquella primera noche en que las síncopas frenéticas de The witch queen of New Orleans y Jerusalem indujeron el primer trance de Michou. Luego vinieron el sexo y el vudú, la conspiración, el crimen y la muerte, la fiebre de la revolución, esos impulsos ancestrales que pervivían lejos de Europa y de Lovaina, en la tórrida, perturbadora, quizás inmutable plenitud de los trópicos, donde Michou, la Nefertiti negra, encontraría por fin su reino y su eterno verano.

Este libro se terminó de imprimir el día 27 de Enero de 1997,
festividad de Santa Ángela de Mérici,
en los Talleres de Yecla-Grafic.
LAVS DEO